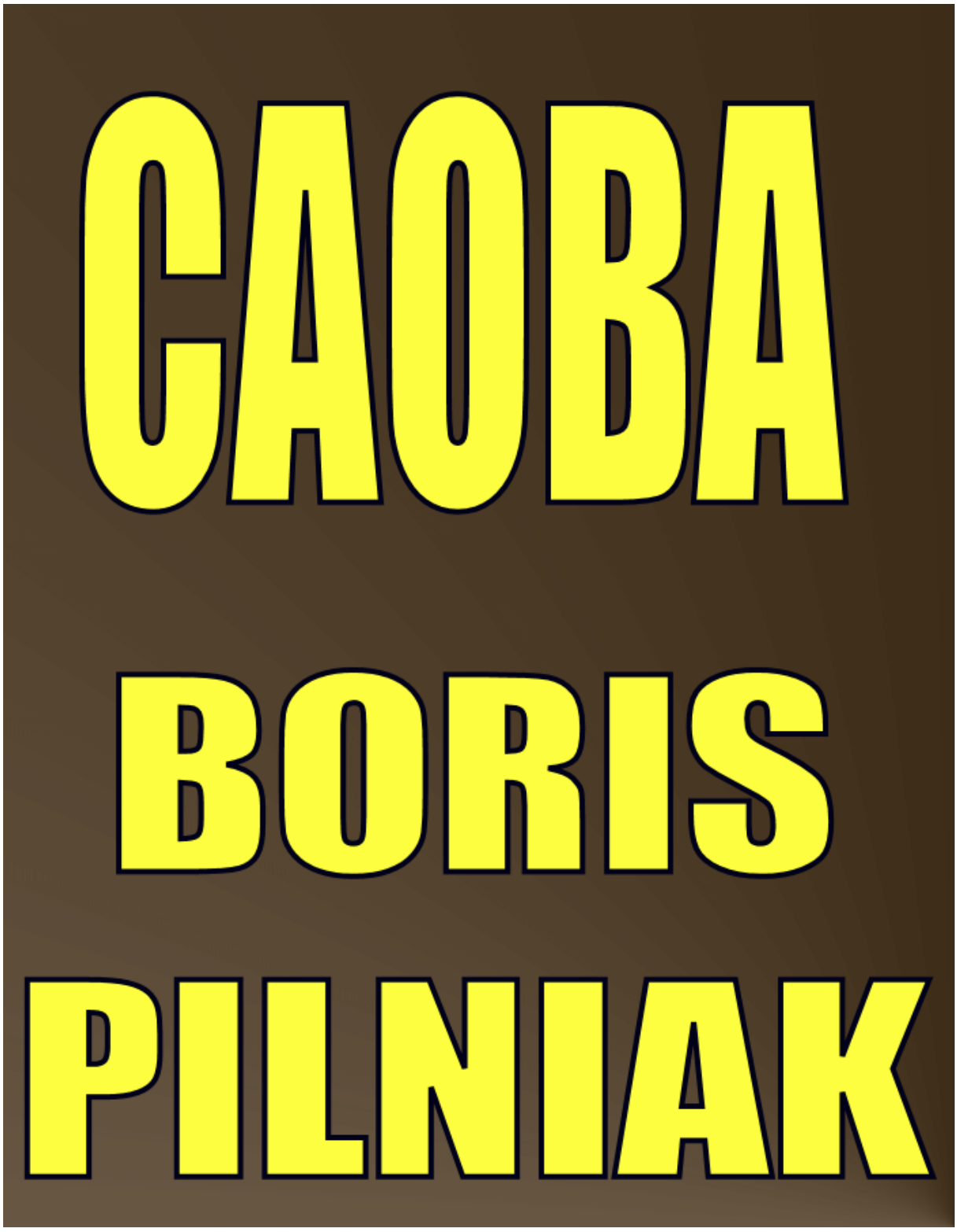
LIBRO dot.com

CAOBA

BORIS PILNIAK



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

I

Mendigos, visionarios, indigentes, peregrinos, plañideras, santones, lisiados, adivinos, profetas, imbéciles, dementes, mentecatos, "inocentes", todos ellos formaban las variantes necesarias a la vida cotidiana de la Santa Rusia; mendigos errabundos sobre la piel de la Santa Tierra Rusa; visionarios, peregrinos y pobres por el amor a Cristo, mentecatos e "inocentes" por el amor al Cristo de la Santa Rusia; tales especies han condimentado la vida de Rusia desde sus orígenes, desde los tiempos del primer zar Iván y han engalanado un milenio de vida rusa. Historiadores, etnólogos y escritores han derramado ríos de tinta en su descripción. Estos videntes, beatos y profetas —ya fueran realmente enajenados o se tratara de farsantes— eran considerados como un ornamento necesario a la Iglesia, formaban una fraternidad destinada a Cristo, rezaban por la salvación del mundo y tanto la historia como la literatura les reconoce ese carácter. Hacia la segunda mitad del siglo XIX vivió en Moscú un "inocente" famoso, un tal Iván Jakovlevich, quien había estudiado en la Academia Teológica sin llegar a terminar los cursos, que murió en el hospital de la Transfiguración. Periodistas, poetas e historiadores escribieron sobre sus funerales. Un poeta celebró en Novedades de Moscú:

¿Qué victoria celebra el lazareto?
El pueblo acude en oleaje tumultuoso...
Coches y carrozas, calesas y peatones.
¡Corazones henchidos de fúnebre pesar!
Y en el tumulto se escucha una confusa
voz que declara, vencida de dolor:
¡Se nos ha ido, nuestro profeta ha muerto,
digno de mejor suerte, incomprendido,
oh, gran Iván Jakovlevich...!

En sus bosquejos de Moscú, Skavrovski cuenta cómo durante los cinco días en que los restos mortales de Iván Jakovlevich estuvieron expuestos al público se celebraron más de doscientas ceremonias fúnebres. Mucha gente pernoctó en los alrededores de la iglesia. N. Barkov, autor de un ensayo titulado Veintiséis falsos profetas, falsos inocentes, imbéciles y trastornados moscovitas, testigo ocular de las exequias, cuenta que se decidieron a enterrar el cuerpo de Iván Jakovlevich el domingo, "siguiendo las recomendaciones de la policía". Ese día sus admiradores habían afluido desde la madrugada, sólo que la sepultura estuvo a punto de no tener lugar debido a las discusiones que surgieron sobre el sitio del entierro. Los dolientes llegaron casi a los golpes, los improperios no faltaron; el altercado alcanzó dimensiones de tumulto. Algunos querían transportar el féretro a Smolensk, ciudad natal del difunto; otros trataban de imponer la decisión de que se le enterrara en el monasterio de Pokrovski, donde ya habían cavado la fosa en el interior de una capilla; otros insistían, dejando vía libre a su propia emoción, en que el féretro fuera cedido al convento de las monjas de Alekseiev, y, en fin, no faltaron quienes, abrazados al ataúd, se lo quisieron llevar al pueblo de Cherkisovo. Se temía que el cuerpo fuera hurtado durante el tumulto. El historiador escribe:

Durante todo aquel tiempo había llovido y se habían formado cenagales horribles. No obstante eso, mientras el ataúd era conducido de la habitación a la capilla y de la capilla a la

iglesia y más tarde al cementerio, muchas mujeres, niñas, señoritas en crinolinas, caían de rodillas o se arrojaban al suelo bajo el féretro.

En vida, Iván Jakovlevich no retenía los excrementos.

Le escurrían bajo la sotana —escribe el historiador— y sus guardianes tenían órdenes de derramar arena en el pavimento. Precisamente esa arena, bañada con la orina de Iván Jacovlevich, era recogida y llevada a las casas de sus admiradoras. Esa arena tenía propiedades curativas. Cuando algún niño enfermaba del estómago, la madre le proporcionaba media cucharadita dentro de la papilla y el niño sanaba. El algodón con que habían taponeado las fosas nasales y las orejas del difunto fue dividido en mínimas fragmentos y distribuido entre los creyentes después de los servicios fúnebres. Muchos se acercaban al féretro con frasquitos para recoger el líquido que escurría de la caja, ya que el difunto había muerto de hidropesía. El camison en que había expirado fue despedazado ávidamente. Durante el transporte de la iglesia al atrio se acercó una multitud de seres deformes, idiotas, beatos, peregrinos y vagabundos. No habían podido entrar a la iglesia por falta de espacio y habían permanecido afuera, en las calles. Y aquí y allá, en pleno día, en medio de la muítitud, se predicaba al pueblo, se revelaban apariciones y visiones, se profetizaba, se maldecía, se recogía dinero, se dejaban oír bramidos siniestros.

Durante los últimos años, Iván Jakovlevich solía ordenar a sus admiradores que bebieran el agua con que se había bañado. Hacía profecías a viva voz y las escribía. Algunas fueron conservadas en archivos de historia. Le escribían para preguntarle: "¿Se casará fulano?", y él respondía: "Sin almuerzos no bendigo, bendeciré el lazo al cuello sin almuerzos..."

El Kitai-gorod de Moscú era el queso en que pululaban los gusanos de la "inocencia". Algunos "inocentes" escribían versos, otros imitaban el canto del gallo, del pavo real o del pinzón, o bien cubrían a todos de insultos en nombre del Señor. Otros solían decir únicamente una frase que los fieles inmediatamente consideraban profética, por ejemplo: "La virtud es una noticia, la casa es una carroza, viaja sin sobresaltos." Había quienes amaban el ladrido de los perros y profetizaban, ladrando, la voluntad divina. Aquella congregación de desarrapados, limosneros, clarividentes, versificadores ambulantes, plañideras y beatos, lisiados de toda la Santa Rusia, comprendía a campesinos y burgueses, nobles y comerciantes, niños y viejos, hombrazos robustos y mujeres prolíficas. Los uniformaba el delirio. Todos ellos vivían a la sombra de la paz bulbiforme y azul del asiático imperio ruso, extraían su amargura del queso y la cebolla, ya que las cúpulas en forma de cebolla que coronaban las iglesias, son, con toda seguridad, el símbolo de la cebollesca vida rusa.

...En Moscú, en Petrogrado y en algunas otras grandes ciudades de Rusia existen otros tipos originales. Su genealogía se remonta a los emperadores no a los zares. En los tiempos de Isabel floreció el arte del mueble ruso, que tuvo sus inicios bajo Pedro el Grande. Este arte de los siervos de la gleba no tiene una historia escrita, los nombres de sus maestros han sido borrados por el tiempo. Floreció por obra de unos cuantos solitarios en los sótanos de la ciudad y del campo... en tabucos situados detrás de las habitaciones de los siervos. Este arte vivió en la amargura del vodka y la brutalidad. Jacob y Boulle no fueron sus maestros. Siervos adolescentes eran enviados a Moscú, a Petersburgo, a París y a Viena, y allí aprendían el oficio. Regresaban después de París a enterrarse en los sótanos de Petersburgo, o de Petersburgo volvían al campo, a los tugurios de los siervos y allí creaban. Algunas veces un artesano empleaba decenas de años para tallar un canapé o un armario, o un librero de caoba. Trabajaba, bebía y moría, dejando su propio arte como herencia a algún sobrino, ya que no se le permitía al maestro tener hijos propios. Y aquel sobrino se ponía a copiar el arte de su tío. El artífice moría, pero los objetos vivían aún un siglo más en los palacios del campo o de la ciudad, y, en medio de ellos, se amaba, en los canapés se moría, en ciertos cajones de los armarios se escondía una correspondencia secreta, las jóvenes casaderas examinaban en los espejos de sus tocadores su propia juventud; las viejas, su vejez. Isabel, Catalina, rococó, barroco, bronces, guirnaldas, palisandro, palo de rosa, ébano, maderas de Carelia, nogal de

Persia. Pablo es severo, Pablo es Gran Maestro de la Orden de Malta; con él tenemos líneas de soldado, un sobrio reposo, una caoba oscurecida a fuerza de tallarla, terciopelos verdes, leones y grifos negros. Con Alejandro encontramos el estilo imperio, el clasicismo, la Hélade. Nicolás I, otro Pablo, se siente aplastado por la suntuosidad de su hermano Alejandro. Así, cada época imprime su huella a la caoba. En 1861 es abolida la servidumbre. Los maestros-esclavos son sustituidos por las fábricas de muebles. Levinson, Thonet, mueblería vienesa. Pero los sobrinos de los maestros artesanos logran vivir aún gracias al vodka. Ya no construyen, se conforman con reparar las antiguallas; han asimilado todas las costumbres y tradiciones de sus tíos. Se les ve siempre con un humor melancólico y taciturno. Se enorgullecen de sus obras igual que los filósofos y las aman como los poetas a las suyas. Continúan viviendo en el subsuelo. A un maestro de esta especie no se le puede mandar a la fábrica de muebles, como tampoco se le puede convencer de que repare un objeto posterior al periodo de Nicolás I. Ese individuo es anticuario y restaurador. En el desván de una casa moscovita o en el tapanco de una propiedad rural salvada del incendio encontrará una mesa, un espejo, un diván, de los tiempos de Isabel, de Alejandro, de Pablo, y con aquello se encerrará durante meses enteros en el sótano. Fumará, meditará, lo medirá a ojo de buen cubero para recuperar la vida de las cosas muertas. Amará aquel objeto. Tal vez encuentre un atado de cartas amarillentas en el cajón secreto de un armario. Es restaurador, contempla el pasado, el tiempo detenido en las cosas. Inevitablemente es un excéntrico y venderá con procedimientos excéntricos el objeto reparado a un coleccionista igualmente maniático, con el cual, al concluir el trato comercial, beberá un coñac que ha pasado de la botella a una garrafa del periodo de Isabel, en copas de cristal cortado que pertenecieron en otra época a un servicio imperial.

II

La ciudad es una Brujas rusa, una Kamakura rusa. Hace trescientos años fue asesinado en ella el último zarevich de la dinastía de los Riurik. El día del asesinato, el zarevich había jugado con los hijos del boyardo Tuchkov, cuya familia aún existe en la ciudad, de la misma manera que existen todavía los monasterios y algunos linajes menos ilustres... Antigüedades rusas, provincia rusa, curso superior del Volga, bosques, pantanos, aldeas, conventos, grandes fincas, una serie de ciudades: Tver, Uglich, Iaroslav, Rostov, Veliki.

La ciudad es la Brujas monástica de los principados rusos venidos a menos, ciudad de callejones donde crece la manzanilla, de monumentos de piedra erigidos en recuerdo de los desastres y los siglos. Está situada a doscientas verstas de Moscú y a cincuenta del ferrocarril.

Se encuentran ahí ruinas de casas de campo y muebles de caoba. El director del museo pasea por la ciudad con sombrero de copa, levita, pantalones a cuadros y lleva chalecos semejantes a los de Pushkin; en los bolsillos de la levita lleva las llaves del museo y de los monasterios a su cargo. Toma su té en la fonda, en cambio el vodka lo bebe a solas, preferentemente en un confesionario. Ha almacenado en su casa biblias, iconos, mitras, capas de archimandrita, estolas, guanteletes, túnicas, casullas, velos, patenas y manteles de altar de los siglos XIII, XV y XVII. Tiene también en su estudio muebles de caoba que pertenecieron a la familia Karazin, tiene en su escritorio un cenicero en forma de gorro de la nobleza, con el borde rojo y el fondo blanco.

Viacheslav Pavlovich Karazin había sido un barin, un señor que en sus tiempos había servido al cuerpo de caballeros de la guardia y había sido pensionado unos veinticinco años antes de la revolución debido a su honestidad. Un colega suyo se había declarado culpable de peculado y Karazin fue comisionado para realizar las investigaciones. Había referido la verdad en un informe al alto mando militar, pero las autoridades decidieron guardar silencio sobre el hecho, y el señor Karazin, sin poder tolerar esa situación presentó su dimisión en un segundo informe y se retiró a sus propiedades en el campo. Una vez a la semana iba a hacer sus compras a la capital del distrito, viajando en una carroza con dos lacayos. Con un gesto de la mano enguantada le ordenaba al dependiente que le sirviera una libra de caviar, las tres cuartas partes de un gran esturión ahumado y unos trozos de salmón; uno de los lacayos pagaba, el otro tomaba los paquetes; un día un comerciante le tendió la mano al señor Karazin, pero éste no la aceptó, explicando su rechazo con un seco: "¡Sólo esto me faltaba!" Karazin, el señor, usaba el gorro del uniforme de la nobleza y un abrigo militar de la época de Nicolás I; la revolución lo había obligado a trasladarse del campo a la ciudad, pero le permitía usar gorro y abrigo militares, y ahora él tomaba su sitio en las "colas" con la cabeza cubierta por aquel gorro y acompañado no ya por los lacayos sino por su mujer.

El señor Karazin se ganaba la vida con la venta de sus objetos antiguos; para realizar esos negocios con frecuencia se entrevistaba con el director del museo; en casa de éste reconocía objetos que le habían sido incautados por órdenes de la revolución y los contemplaba con indiferencia despectiva. Pero un día vio en el escritorio un cenicero que tenía la forma de un gorro de la nobleza.

—¡Quítelo de ahí! —dijo bruscamente.

—¿Por qué? —preguntó el director.

—El gorro de un noble ruso no debe servir de escupidera a un cualquiera —respondió el señor Karazin.

Los dos conocedores de antigüedades se disgustaron. Karazin, el señor, salió de allí indignado. No volvió a poner un pie en casa del director del museo.

En la ciudad vivía un carpintero, que recordaba con gratitud a Karazin, como patrón. De muy joven había vivido y servido en su casa; un día Karazin lo había castigado por su lentitud con un puñetazo que le hizo perder siete dientes.

La ciudad vivía inmersa en un silencio inmóvil e impenetrable; dos veces al día soltaba un alarido de tedio con las sirenas de sus barcos y el tañido de sus antiguas campanas: hasta 1928, porque en ese año muchas campanas fueron decomisadas y entregadas al trust metalúrgico. Retiradas de los campanarios por medio de poleas, palos y cables, las campanas eran descolgadas para luego caer al suelo. Mientras eran arrancadas de sus habituales asideros, cantaban un lamento secular y somnoliento y aquel llanto dominaba a la secularmente somnolienta ciudad. Caían con un rugido en un grito de aflicción, hundiéndose hasta metro y medio en el suelo.

Precisamente en los días a los que me refiero, la ciudad gemía con la voz de aquellas antiguas campanas.

El documento más útil en toda la ciudad era la libreta sindical. En las tiendas había dos colas, una para quienes poseían la libreta y otra para los que estaban desprovistos de ella; las barcas para pasear por el Volga costaban diez copeicas para los inscritos en el sindicato y cuarenta para "los otros". Las entradas en el cinematógrafo costaban veinticinco, cuarenta y sesenta copeicas para "los otros", pero para los inscritos: cinco, diez y quince. En los casos en que se poseía esa libreta se la colocaba en el sitio de honor, junto a la tarjeta para el pan. Entre paréntesis, la tarjeta para el pan, y por consiguiente también el pan, se entregaba solamente a quienes tuvieran derecho al voto, a razón de cuatrocientos gramos diarios por cabeza. Los que no tenían derecho a votar y sus hijos, no tenían acceso al pan. El cine era una caballeriza caldeada en invierno con vapor, al fondo de los jardines del sindicato; carecía de campanas. Las llamadas partían de la central eléctrica y se oían en toda la ciudad; primera llamada: terminar de tomar el té; segunda llamada: vestirse y salir.

La central trabajaba hasta la una, pero en ocasión de algún onomástico, de "bautizos" comunistas y otros festejos semejantes en casa del presidente del comité ejecutivo, del presidente del complejo industrial o de otras autoridades, la luz eléctrica no se apagaba en toda la noche, por lo cual el resto de la población hacía coincidir sus propias festividades con aquellos eventos.

Un día, en el cine, el encargado de la Sección de Comercio Interior, un tal Saz, o tal vez Kaz, en estado de absoluta sobriedad tropezó por descuido, sí, únicamente por distracción, con la mujer del presidente del Comité Ejecutivo. Ésta, le dijo con desprecio:

—¿No sabe usted que soy la Kuvarzina?

Saz, que ignoraba el prestigio de aquel apellido, se excusó asombrado y después, debido a aquel asombro no disimulado, fue expulsado del distrito.

Las autoridades de la ciudad vivían en un grupo cerrado, apartado del resto, sospechoso, debido a la desconfianza innata de la población. Habían sustituido la política por el compradrazgo y cada año se reelegían entre sí, intercambiándose los cargos del distrito, según las diversas maniobras que permite el compadrazgo, y. sobre todo, siguiendo el principio de que se debe durar poco en un puesto para durar mucho en la administración, o sea "el que la acorta, la alarga", como dice la fábula de Krylov.

En los asuntos económicos regía el mismo sistema de compadrazgo. La economía estaba representada por el complejo industrial (inaugurado el año en que Iván Ochogov —protagonista de nuestro relato— se retiró voluntariamente a vivir entre los locos). Eran miembros del complejo, el presidente del Comité Ejecutivo Kuvarzin (marido de la famosa Kuvarzina) y el encargado del Comité de Inspección de Obreros y Campesinos, Presnuchin. El complejo estaba presidido por Nedogusov.

Su labor administrativa consistía en un lento despilfarro de las riquezas acumuladas antes de la revolución, hecho con desparpajo y en bastante buena armonía. La producción de mantequilla se llevaba a cabo con pérdidas, así como también con pérdidas trabajaba el aserradero. La curtiduría, si bien es cierto que no trabajaba con pérdidas, también lo es que no producía beneficios ni tomaba en consideración la amortización del capital. En pleno invierno, bajo la nieve, a una distancia de cincuenta verstas, empleando cuarenta y cinco caballos y a la mitad de la población del distrito, fue arrastrada hasta la curtiduría una nueva

caldera. La transportaron para poco después abandonarla; no era la apropiada; consignaron su costo en el renglón de beneficios y pérdidas. Entonces adquirieron una máquina para desmenuzar la corteza de los árboles que también fue abandonada porque resultó insatisfactoria. La anotaron también en la sección de beneficios y pérdidas. Más tarde, se obtuvo para la trituración de la corteza una máquina desmenuzadora de forrajes que nunca pudo usarse ya que la corteza es diferente de la paja, y también su costo fue registrado.

Con el propósito de mejorar la vida de los obreros se realizaron algunos trabajos de construcción; se compró una casa de madera de dos pisos, que fue transportada a la curtiduría y aserrada para aprovechar la leña, ya que la madera había resultado podrida. Se descubrió que no tenía sino trece vigas sanas. Con la suma de nueve mil rublos se construyó una casa, cuya edificación terminó precisamente cuando cerraban la curtiduría: no arrojaba pérdidas como las otras empresas pero tampoco proporcionaba utilidades. Y por tal motivo la casa nunca fue habitada.

El complejo cubría sus propias pérdidas vendiendo la maquinaria de empresas que habían dejado de funcionar aun antes de la revolución, o, si no, procedía de la siguiente manera: Kuvarzin presidente le vendía leña a Kuvarzin miembro al precio establecido por las autoridades más un descuento del cincuenta por ciento, por la cantidad de veinticinco mil rublos. Kuvarzin miembro volvía a vender aquella leña a la población, y en especial a Kuvarzin presidente por una suma de cincuenta mil rublos, al precio igualmente establecido por las autoridades pero sin descuento.

En 1927 el Consejo Administrativo decidió recubrirse de laureles y regalarle una cartera a Kuvarzin. El dinero para la compra de esa cartera se tomó de los fondos de la caja, y luego se recurrió a la población con una suscripción para obtener ese dinero. Las autoridades no ofrecen ningún interés a los fines de este relato, debido al carácter restringido y cerrado de sus intereses y su vida, ocultos al resto de la población.

El alcohol que se vendía en las ciudades era de dos clases: vodka y vino de mesa; no se conseguía otra cosa. El consumo de vodka era abundante, el de vino, aunque menor, de todos modos considerable por las necesidades del rito ortodoxo.

Se vendían cigarrillos de dos clases: Puchka (cañones) a once copeicas la cajetilla y Box a catorce; no se conseguían otras marcas. Tanto para los cigarrillos como para el vodka existía la cola sindical y la cola no sindical. Dos veces al día llegaban los barcos en los que se podían comprar los cigarrillos Safo, vino de Oporto y aguardiente de frutas, pero los fumadores de Safo eran evidentemente tipos manirrotos, ya que la ciudad no se podía vanagloriar de poseer comercio privado y los Safo no estaban previstos en los balances. La ciudad contaba con perder la designación de cabecera administrativa del distrito; vivía de sus huertos y de la asistencia mutua.

Junto al puente Skudrin se hallaba la casa de los Skudrin. Vivía en ella Jakov Karpovich Skudrin, hombre de alrededor de ochenta y cinco años, representante elegido por los campesinos para el despacho de sus asuntos. En la misma ciudad, pero no con él, vivían dos hermanas suyas, mucho más jóvenes, Capitolina y Rimma, y su hermano loco, Iván, quien había adoptado el apellido de Ochogov. En seguida vamos a hablar de ellos.

Jakov Karpovich padecía de una herna desde hacía cuarenta años y al caminar se la sostenía con la mano derecha a través de una ranura abierta en los pantalones. Tenía las manos hinchadas y verdosas. Una de sus costumbres consistía en salar abundantemente el pan con un salero común para luego, parsimoniosamente, hacer volver parte de la sal derramada al mismo salero. En los últimos treinta años, Jakov Karpovich había olvidado en qué consiste el sueño normal. Se despertaba por las noches y velaba leyendo la Biblia hasta el amanecer; después volvía a dormir hasta el medio día, pero a esa hora asistía siempre a la biblioteca a leer los periódicos: no los vendían en la ciudad, faltaba dinero para comprar los abonos, por lo que los periódicos se leían en la sala de lectura pública. Jakov Karpovich era obeso, el poco pelo que le quedaba era del todo blanco, le lloraban los ojos, jadeaba y carraspeaba largo rato mientras se preparaba a hablar.

La casa de los Skudrin había pertenecido en otra época al propietario Veriski, quien se arruinó a consecuencia de la emancipación de los siervos; era entonces juez de paz, cargo electivo. Jakov Karpovich, después de haber terminado el servicio militar en tiempos anteriores a la reforma que liberó a los siervos, se hizo emplear en el despacho de Veriski como escribano; allí aprendió el arte, propio del juez, de engatusar al prójimo y terminó comprándole a su empleador la casa y el cargo cuando aquél se arruinó. La casa permanecía intacta desde los tiempos de Catalina II, en siglo y medio de existencia había oscurecido igual que su caoba y los vidrios habían adquirido un tinte verdoso. Jakov Karpovich recordaba los tiempos de la servidumbre. Recordaba todo, hasta al amo de su aldea cuando aún existían los siervos de la gleba; recordaba el reclutamiento en Sebastopol; recordaba los nombres, patronímicos y apellidos de todos los ministros rusos de los últimos cincuenta años así como los de los comisarios del pueblo, de todos los embajadores ante la corte imperial rusa, de los miembros del Comité Central soviético, de todos los ministros de las grandes potencias, de todos los reyes, emperadores y papas. El viejo había perdido la cuenta de sus años y decía:

—He sobrevivido a Nicolás, a Alejandro, a Alejandro Alejandrovich, a Nicolás Alejandrovich, a Vladimir Ilich... También sobreviviré a Alexei lvanovich.

El viejo tenía una sonrisa innoble, servil y maligna a la vez; sus ojos blancuzcos lagrimeaban cuando sonreía. Era de carácter violento, igual que sus hijos. El mayor, Aleksander, fue enviado en una ocasión, aún antes de 1905, con una carta urgente a la agencia de barcos fluviales; cuando llegó, el barco ya había salido y recibió del padre una violenta bofetada acompañada de estas palabras:

—¡Fuera de aquí, sinvergiienza!

Aquella bofetada fue la gota de agua que derramó el vaso; el muchacho, que tenía entonces catorce años, se dio la media vuelta, salió de casa y no regresó a ella sino seis años más tarde, cuando era ya estudiante en la Academia de Bellas Artes. Durante ese tiempo, el padre le escribió a su hijo una carta en la que le ordenaba regresar, amenazándolo con negarle la bendición paterna y con maldecirlo para siempre. En la misma carta, poco más abajo de la firma del padre, el hijo añadió: "¡Al diablo tu bendición!", y le devolvió la carta al padre. Cuando seis años después de haberse marchado, un soleado día de primavera, Aleksander entró en el salón, el padre le salió al encuentro con una sonrisa de alegría y con la mano en alto para golpearlo; el hijo sonrió alegremente y agarró al padre por la muñeca; sonreía aún, y aquella sonrisa traslucía alegremente su fuerza; con una ligera presión, el hijo obligó al padre a sentarse en un sillón al lado de la mesa y luego le dijo:

—¿Qué tal, papá? No te pongas nervioso. ¡Siéntate papá!

El viejo padre comenzó a gimotear, a reírse a carcajadas, a bufar; su cara se animó con una expresión de bondad maligna; le gritó a su mujer:

—¡Máchenka!... ¡sí...! ¡ja, ja, ja!... ¡Tráenos un poco de vodka, un poco de vodka, querida, de la del sótano, bien fría, y también algo de comer! ¡Cómo ha crecido nuestro hijo, cómo ha crecido..! Ha vuelto para nuestra desgracia... ¡el muy hijo de perra!

Sus hijos se habían convertido: uno en pintor, otro en sacerdote; otro era actor y bailarín, otro médico y el más joven, ingeniero. Los dos hermanos menores tenían el mismo carácter que su padre y el hermano mayor; como éste, también ellos habían abandonado la casa, y el menor, el ingeniero Akim Jakovlevich, era comunista. Akim nunca más quiso volver a casa, y cuando hacía alguna breve aparición en su ciudad natal se hospedaba con sus tías Capitolina y Rimma. En 1928, Jakov Karpovich tenía ya nietos casados, en tanto que su hija, la más joven de todos, tenía apenas veinte años. Era la única hija y, en medio de la tormenta revolucionaria, no había recibido ninguna instrucción.

Además del viejo, vivían en aquella casa su mujer, María Klimovna, y su hija, Catalina. Durante el invierno, la mitad de la casa y todas las habitaciones del piso superior no se calentaban. La vida en aquella casa correspondía a una época muy anterior a Catalina II y tal vez al mismo Pedro el Grande, no obstante la presencia silenciosa de la caoba de tiempos de Catalina. Los viejos sobrevivían con lo que el huerto producía. En cuanto a productos

Librodot

fabricados, los únicos que entraban en esa casa eran los cerillos, el petróleo, la sal, y sólo el padre tenía derecho a disponer de ellos. De la primavera al otoño, María Klimovna, el viejo y Catalina trabajaban en el cultivo de coles, remolachas, nabos, pepinos y orozuz, que empleaban en vez de azúcar.

En verano, al amanecer, se podía encontrar al viejo con la ropa de noche, descalzo, la mano derecha en la apertura del camisón y con un bastón en la izquierda, pastoreando a las vacas a orillas de la ciudad, entre la niebla y el rocío. En invierno, el viejo encendía la lámpara únicamente en las horas que permanecía despierto; durante las otras la madre y la hija permanecían a oscuras. El viejo iba a mediodía a leer los periódicos y a nutrirse de nombres y noticias de la revolución comunista. Catalina se sentaba entonces al clavicordio para practicar los cantos religiosos de Kastalski; cantaba en el coro de la iglesia. El viejo volvía a casa al anochecer, cenaba y se acostaba. La casa se sumía en el murmullo de las mujeres en la oscuridad. Catalina iba entonces a los ensayos de canto en la catedral. El padre despertaba hacia la medianoche, encendía la luz, comía y se concentraba en la Biblia, recitando páginas de memoria en voz alta. A eso de las seis el viejo se volvía a dormir. Había perdido la noción del tiempo y cesado de temer a la muerte, así como había olvidado temer a la vida. Madre e hija callaban en su presencia. La madre, preparaba tortillas de harina y sopas de col, horneaba empanadas de carne, hacía hervir o fermentar la leche, preparaba el pollo en gela tina (y escondía los huesos para que jugaran sus nietos), o sea hacía exactamente la misma vida de los rusos del siglo XV o XVII. María Klimovna, esa ancianita reseca y consumida, era una mujer admirable, como se las encuentra todavía en los pueblos rusos junto a los antiguos iconos de la madre de Dios. La había forjado la dura voluntad del marido, el cual cincuenta años antes, al día siguiente de su boda, cuando la vio ataviada con un vestido de terciopelo carmesí, le preguntó:

—¿Qué es esto? —ella por el momento no comprendió la pregunta—. ¿Qué es esto? —había repetido el marido—. ¡Quítatelo! Yo te he visto también sin vestidos elegantes y los demás no tienen ninguna necesidad de admirarte.

Con el pulgar ensalivado, produciéndole dolor, el marido le había enseñado a su mujer cómo debía de peinarse el cabello hacia las sienes. La dura voluntad del marido que la había obligado a guardar para siempre en el baúl el vestido de terciopelo y la había desterrado a la cocina, ¿había hecho desaparecer la voluntad de la mujer, o bien, por el contrario, la había sólo templado? La mujer siguió siendo todo el tiempo obediente, digna, taciturna, triste, sin ser jamás hipócrita. Su mundo no excedía las puertas de su casa, más allá de las cuales sólo se abría un camino, el de la iglesia, el de la tumba. Cantaba con su hija los salmos de Kastalski, tenía sesenta y nueve años. En esa casa se había detenido la Rusia anterior a Pedro el Grande. Por las noches, el viejo recitaba de memoria la Biblia, y había desde hacía mucho tiempo dejado de temer a la vida. Muy rara vez, con intervalos de meses, en las horas silenciosas de la noche, el viejo iba hacia el lecho de su esposa y entonces susurraba:

—¡Máchenka...! ¡Oye!... ¡ejem!... Sí... ¡ejem!... ¡Máchenka, es la vida! ¡Máchenka...!

Llevaba una vela en la mano; sus ojos lloraban y reían; le temblaban las manos.

—¡Máchenka!... aquí me tienes... ¡ejem!... sí, Máchenka... ¡ejem!

María Klimovna se santiguaba.

—¡Avergüénzate, por el amor de dios, Jakov Karpovich...! ¡Avergüénzate!

Jakov Karpovich apagaba la luz.

Su hija Catalina tenía ojos pequeños, amarillentos, que parecian estar fijos y suspendidos en un sueño eterno. Alrededor de sus párpados inflamados reventaba durante todo el año una piel cuajada de granos y espinillas. Tenía brazos y manos que parecían de madera y unos senos inmensos como las ubres de una vaca suiza.

Sí, aquella ciudad era una Brujas rusa, una Kamakura. Vamos a conocer algo de lo que allí ocurría.

III

A Moscú lo caracteriza el estruendo de sus camiones, de las obras en construcción, de todo lo que allí se inicia o se concluye. Los automóviles corren a toda velocidad entre casas que se elevan cada vez más. Los carteles anuncian la edición estatal de las obras de Gorki y las nuevas películas y congresos. Los ruidos de los tranvías, de los autobuses y de los taxis proclaman que aquélla es y será durante mucho tiempo la capital.

Un tren dejó Moscú en medio de una noche negra como el hollín. La fiebre de luces y ruidos moscovitas comenzó poco a poco a morir hasta desaparecer por completo. Los campos desprendían un negro silencio y ese silencio se apoderó del ferrocarril. En un compartimiento doble de primera clase viajaban dos personas... Los hermanos Bezdetov, Pavel Fiodorovich y Stepan Fiodorovich, restauradores y especialistas en caoba. Ambos tenían un aspecto extraño, vestían como los comerciantes de los tiempos de Ostrovski, con gabanes anticuados, de cintura estrecha, sumamente arrugados; sus rostros, muy bien afeitados, conservaban los rasgos eslavos de Iaroslav: ambos tenían la mirada perdida y a la vez inteligente. El tren alargaba el tiempo en la negra vastedad de los campos. En los vagones olía a piel curtida y a sudor fermentado. Pavel Fiodorovich sacó de su valija una botella de coñac y un vasito de plata, lo llenó, bebió, se sirvió nuevamente y en silencio le pasó el vasito a su hermano. El hermano se lo bebió de un trago y le devolvió el recipiente. Pavel Fíodorovich volvió a guardar en la maleta tanto la botella como el vasito.

—¿Compraremos bordados de perlas? —preguntó Stepan.

—Con toda seguridad —respondió Pavel.

Transcurrió media hora en silencio. El tren, si bien alargaba el tiempo, lo reducía en las estaciones. Pavel sacó botellas y vasos, bebió, le sirvió a su hermano, volvió a guardar todo.

—¿Les vamos a ofrecer algo a las muchachas? ¿Crees que conseguiremos la porcelana? —preguntó Stepan.

—Seguramente —respondió Pavel.

Después de otra media hora de viajar en silencio, los hermanos volvieron a servirse un vaso de coñac.

—¿Conseguiremos también los famosos gobelinos rusos? —preguntó Stepan.

—Seguramente —respondió Pavel.

El tren llegó a medianoche a un pueblo a orillas del Volga, pueblo famoso en toda Rusia por la producción artesanal de calzado. El tufo a cuero se hacía cada vez más penetrante. Pavel se sirvió un último trago.

—¿Compraremos algo posterior a Alejandro? —preguntó Stepan.

—¡Por supuesto que no! —respondió con vehemencia Pavel Fiodorovich.

En la estación podían verse montañas de zapatos rusos: no se trata de una mera manera de decir sino de una descripción concreta de las calles rusas. Los artesanos olían a alquitrán. La oscuridad era tan densa como el alquitrán a que olía. Los zapateros corrían de un lado al otro de la estación; en torno a ésta, todo se hundía en el fango. En silencio, Pavel Fiodorovich contrató por cuarenta copeicas un carro rústico para ir al embarcadero. Los cocheros maldecían como sólo ellos y los zapateros saben hacerlo. De la tenebrosa inmensidad del Volga llegaban húmedas ráfagas de viento. Del otro lado del río resplandecían las luces eléctricas de los talleres de los zapateros. En el restaurante del barco un grupo de estraperlistas judíos se estaba emborrachando; encabezaba la comitiva y servía el vodka una mujer joven con abrigo de piel de mono. El grupo se retiró al sonar el tercer pitazo. El barco apagó las luces. El viento comenzó a huronear en los espacios del Volga y la humedad a infiltrarse en las cabinas. Una mujerona a cargo del buffet transformaba las mesas en camas mientras servía a los Bezdetov y les contaba que su amante le había robado ciento veintidós rublos. El barco acarreaba consigo el tufo a cuero de zapatos. Los pasajeros de cubierta se defendían del frío cantando canciones de bandoleros. En el gris sucio de la mañana apareció

un paisaje que no era siquiera del siglo XIV sino a saber de qué era prehistórica: litorales intocados por el hombre, pinos, abetos, abedules, peñascos, arcilla, agua; el siglo XIV de la cronología europea aparecía en forma de balsas, canoas y caseríos. Alrededor del mediodía el barco atracó en esa Brujas rusa del siglo XVI o XVII: la ciudad descendía hasta el Volga con sus iglesias, fortificaciones y ruinas conservadas después del incendio de 1920 (aquel año había ardido casi la mitad del centro urbano; el fuego se había iniciado en la sede del Comité del Distrito; hubiera sido necesario apagar el incendio, pero en vez de hacerlo se inició la caza de "los burgueses", quienes fueron tomados como rehenes y encarcelados. Tal caza duró exactamente tres días, los mismos que fueron necesarios para que el incendio cesara por su propia cuenta sin la intervención de los bomberos o de la ciudadanía). Cuando los anticuarios desembarcaron volaba sobre la ciudad una nube de cornejas entontecidas y la ciudad gemía con el insólito lamento de las campanas derribadas de los campanarios. Estaba por llover.

Pavel Fiodorovich alquiló una calesa que los llevara hasta el puente Skudrin donde lo esperaba su amigo Jakov Karpovich Skudrin. Las ruedas giraron con estrépito sobre la manzanilla crecida entre el antiguo adoquinado, mientras el cochero contaba la noticia de las campanas y explicaba que mucha gente en la ciudad tenía los nervios deshechos por la continua espera de la caída y por el estruendo que después hacían al caer; lo mismo, decía, que les sucede a los cazadores inexpertos que cierran los ojos mientras esperan el disparo. Los Bezdetov encontraron a Jakov Karpovich en el patio; el viejo cortaba leña para la estufa. María Klimovna sacaba la majada del establo. Jakov Karpovich no reconoció de inmediato a los dos Bezdetov, pero una vez identificados se alegró de verlos, comenzó a sonreír, a resoplar y a jadear:

—¡Ah, los compradores! —dijo—. He estado elaborando para ustedes una teoría sobre el proletariado.

María Klimovna se inclinó profundamente ante los huéspedes; escondió las manos sucias bajo el delantal y dijo amablemente con su voz cantarina:

—¡Bienvenidos, queridos y esperados huéspedes!

Catalina, con la falda remangada hasta arriba de las rodillas, sucia de lodo, se precipitó hacia la casa para lavarse y cambiarse de ropa. Sobre los techos de las casas, espantando a nubes de cornejas, rugió una campana derribada. María Klimovna se persignó tres veces, la campana hizo un estruendo mayor que un disparo de cañón e hizo estremecer los vidrios de las ventanas que daban al patio... verdaderamente aquello era como para arruinarle los nervios al más templado.

Todos entraron en casa. María Klimovna se dirigió al samovar. Catalina salió al encuentro de los recién llegados vestida con cierta elegancia y les hizo una reverencia. El viejo se quitó los zapatos de fieltro y comenzó a caminar alrededor de los huéspedes, descalzo, zureando como un palomo. Los anticuarios se lavaron cara y manos después del viaje y se sentaron a la mesa uno al lado del otro, en silencio. Los ojos de los huéspedes tenían una expresión vacía como si pertenecieran a cadáveres. María Klimovna se informaba sobre su salud mientras iba disponiendo sobre la mesa bandejas del siglo XVII. Los huéspedes contribuyeron con una botella de coñac. En la mesa, entre risas y reiterados "¡ejem!", habló únicamente Jakov Karpovich; les decía dónde era necesario ir a buscar objetos antiguos, dónde los había descubierto para los hermanos Bezdetov.

Pavel Fiodorovich le preguntó:

—¿Sigue usted manteniéndose en sus trece? ¿Sigue decidido a no vender?

El viejo, contoneándose en la silla, después de emitir una breve carcajada, le respondió:

—No puedo, no, no puedo. Lo que es mío seguirá siendo mío; todavía podrá servirme, mientras tenga vida, sí, ¡ejem!... Sería mejor que escucharan ustedes mi teoría... ¿Quién podría afirmar que no voy a sobrevivirles?

Después de la cena los recién llegados se fueron a dormir, cerraron la chirriante puerta, se echaron sobre los colchones de pluma, bebieron en silencio el coñac servido en su antiguo

vaso de plata. Al anochecer los huéspedes estaban borrachos. Catalina cantó durante el día entero cánticos religiosos. Jakov Karpovich merodeaba junto a la puerta del cuarto de los huéspedes en espera de verlos salir o de oír sus voces para poder entrar a conversar con ellos. El final del día fue anunciado por las cornejas; durante todo el tiempo que duró el crepúsculo estuvieron agitadísimas, devorándolo a pedazos. Las tinieblas regaron las calles junto al agua transportada por un carro cisterna. Cuando los huéspedes salieron al fin de la habitación para tomar el té, sus ojos desmesuradamente abiertos tenían una mirada descolorida, como de asombro. Se sentaron a la mesa uno al lado del otro, en silencio. Jakov Karpovich se acomodó detrás de los huéspedes para quedar más cerca de sus oídos. Los huéspedes bebían el té, derramándolo en platitos, se servían coñac; llevaban las chaquetas desabotonadas. Un candelabro de la época de Isabel ardía junto a la mesa redonda, de caoba.

Jakcov Karpovich no cesaba de hablar, sofocado por la prisa de explicar su teoría:

—Yo he elaborado para ustedes mis reflexiones, ¡ejem!, mis reflexiones... Pronto la teoría de Marx sobre el proletariado resultará obsoleta, será olvidada porque el proletariado mismo está condenado a desaparecer; ése es precisamente el meollo de mi teoría. Por lo tanto, toda la revolución ha sido un hecho enteramente inútil, un error, ¡ejem!..., digamos, de la historia, ya que dentro de dos o tres generaciones el proletariado habrá desaparecido, sobre todo en Estados Unidos, en Inglaterra, en Alemania. Marx escribió su dichosa teoría en la época del florecimiento del trabajo manual. Hoy día el trabajo de la máquina sustituye al de los músculos. Ésa es, ¡ejem!, mi teoría. Dentro de poco junto a las máquinas sólo quedarán los ingenieros, en tanto que el proletariado desaparecerá, el proletariado se transformará por completo en un mundo de ingenieros. Ese es, ¡ejem!..., el meollo de mis reflexiones. Y los ingenieros no forman parte del proletariado, porque a medida que un hombre es más culto menos ambiciones y pretensiones tiene y por eso le resulta más sencillo vivir al mismo nivel material que los demás. Nivelar los bienes materiales para liberar el pensamiento, eso es... Los ingleses. ustedes pueden verlo, sean ricos o pobres, duermen todos los días con piyama y viven todos en apartamientos iguales, todos ellos en edificios de tres pisos, en cambio entre nosotros, en el pasado... Compárese, por ejemplo, a un comerciante con un campesino... El comerciante se engalana como un patriarca y vive en un palacio. Yo puedo salir a la calle descalzo y no por eso disminuye mi importancia. Me dirán ustedes, ¡ejem!, que siempre subsistirá la explotación. Pero yo me pregunto: ¿cómo no podría subsistir? Al campesino, que puede ser explotado porque es como una bestia, no se le puede poner al cuidado de una máquina, la arruinaría, y la máquina cuesta millones. Es demasiado costosa para que valga la pena economizar cinco copeicas sobre el salario; el hombre debe conocer la máquina, las máquinas requieren gente experta, y por ello en lugar del centenar de hombres que eran necesarios no habrá sino uno, uno solo. Y aquel hombre será conducido hasta las estrellas. ¡El proletariado desaparecerá!

Los huéspedes sorbían el té y escuchaban sin guiñar un ojo. Jakov Karpovich gruñía, gargajeaba, se empeñaba por hablar lo más de prisa posible, pero no tuvo oportunidad de desarrollar a fondo su propio pensamiento porque en cierto momento apareció Iván Karpovich, el hermano idiota que se había cambiado el apellido y que en vez de Skudrin se llamaba ahora Ochogov. Vestía con esmero la increíble colección de andrajos que llevaba encima; tenía los cabellos cuidadosamente cortados, los pies desnudos metidos en unos chanclos de invierno; hizo ante todos una reverencia respetuosa y luego se sentó a cierta distancia del grupo, en silencio. Nadie respondió a su saludo. Su rostro denotaba locura. Jakov Karpovich comenzó a arremolinarse en su silla con visible inquietud.

María Klimovna preguntó con tono desolado:

—¿Por qué se te ha ocurrido venir ahora, cuñado?

El loco respondió:

—Para ver de cerca ciertos aspectos de la contrarrevolución que me interesan, cuñada.

—¿Pero qué contrarrevolución se te ocurre que pueda haber aquí, cuñado?

—Por lo que a ti respecta, cuñada, eres contrarrevolucionaria por los usos y costumbres de tu vida cotidiana —comenzó a decir Ochogov el idiota, con tranquila locura—. Pero has llorado por mí, lo que significa que hay en ti un embrión de comunismo. En cambio mi hermano Jakov no ha llorado jamás y me arrepiento mucho de no haberlo colocado en su momento frente al pelotón de fusilamiento.

María Klimovna suspiró, meneó la cabeza y preguntó:

—¿Cómo está tu hijo?

—Mi hijo —dijo con orgullo el idiota—, mi hijo está terminando sus estudios en la universidad y no me olvida, viene a mi reino durante las vacaciones, se calienta al lado de las calderas, y yo compongo en su honor poemas revolucionarios.

—¿Y tu esposa?

—No la veo jamás. Dirige una sección femenina. ¿Saben ustedes cuántos dirigentes tenemos por cada dos obreros productivos?

—No.

—¡Siete! Dice un proverbio que con siete niñeras un niño termina sacándose un ojo. Vuestros huéspedes representan, en cambio, la contrarrevolución histórica.

Los huéspedes bebían el té con los ojos entrecerrados. Jakov Karpovich, invadido por una cólera violácea, comenzaba a parecerse a una remolacha. Dio algunos pasos en dirección a su hermano; se reía afable y untuosamente mientras se remangaba la camisa; luego se frotó las manos como si tuviera frío.

—Sabes, querido hermano —dijo Jakov Karpovich con palabras que eran como silbidos, pero sin perder la cortesía—, lo mejor será que te vayas al diablo. Te lo pido cordialmente.

—Discúlpame, querido hermano Jakov, yo no vine a verte a ti, he venido para conocer de cerca a la contrarrevolución histórica y para que conversemos —respondió Iván.

—Y yo te pido que te vayas al diablo.

—No me iré.

Pavel Fiodorovich Bezdetov movió lentamente hacia el hermano su plúmbeo ojo izquierdo y dijo:

—Nosotros no hemos venido aquí para conversar con retrasados mentales —luego, dirigiéndose al idiota: — si no te vas, le ordenaré a Stepan que te eche de aquí.

Stepan hizo un guiño de ojo igual al de su hermano, y se levantó de la silla. María Klimovna se llevó las manos a las mejillas y suspiró. Stepan Fiodorovich se levantó de mala gana y se dirigió hacia el idiota. Este se levantó con temor y retrocedió hacia la puerta. María Klimovna volvió a suspirar. Jakov Karpovich se reía a carcajadas. Stepan se detuvo en medio de la habitación, y también el idiota se detuvo en el umbral de la puerta haciendo morisquetas. Stepan dio otro paso y el idiota salió. Desde atrás de la puerta dijo con acento suplicante:

—En tal caso dadme un rublo con veinticinco copeicas para comprar un poco de vodka.

Stepan dirigió una mirada a Pavel. Pavel respondió:

—Dale lo suficiente para que se compre media botella. El idiota se marchó. María Klimovna, al acompañarlo a la calle, le puso en la mano un paquetito. Detrás de la puerta la negrura de la noche era uniforme. El idiota Ochogov caminó a lo largo de callejones oscuros hacia el Volga, pasando al lado de monasterios y terrenos abandonados, metiéndose por vericuetos que sólo él conocía. La noche era muy oscura. Iván hablaba consigo mismo, mascullando palabras incomprensibles. Descendió hacia la fábrica de ladrillos del complejo industrial, se coló por las rendijas de una empalizada y por fin desapareció en uno de los agujeros del terreno arcilloso. En el interior ardía un horno para cocer ladrilíos. Iván deambuló por los sótanos hasta llegar a la fosa de las calderas, Había allí mucho calor y mucho bochorno; a través de las fisuras de la tapa de las calderas se veía una luz roja. En el suelo yacían algunos mendigos con largas y enmarañadas cabelleras: eran los comunistas de Iván Ochogov; por un tácito acuerdo con el complejo, mantenían encendidos los hornos de la

Librodot

fábrica de ladrillos sin recibir ningún emolumento; todos vivían allí gratuitamente; para aquella gente el tiempo se había detenido en la época del comunismo de guerra; habían elegido como presidente al propio Iván Ochogov. En la paja, junto al tablón que servía de mesa, yacían tres hombres andrajosos, descansando. Ochogov se sentó a su lado y permaneció allí un buen rato, temblando (con un temblor igual a los estertores que produce la fiebre), calentándose; había puesto sobre la mesa el paquetito y el dinero.

—¿No han llorado? —preguntó uno de aquellos despojos.

—No, no han llorado —respondió Ochogov.

Permanecieron callados durante un buen rato.

—Hoy te toca a ti, camarada Ogniev —dijo Ochogov. Otros dos, con barba y bigotes enmarañados, cubiertos de harapos y miseria, habían penetrado al subsuelo arcilloso y se habían tirado en la paja después de poner sobre la mesa un poco de pan y algún dinero. Ogniev, un hombre de unos cuarenta años, envejecido, que estaba tendido en el rincón más caliente y más oscuro, se dirigió hacia la mesa, contó el dinero, y salió del subterráneo. Los otros habían permanecido sentados o acostados en silencio. Sólo uno de los recién llegados observó que al día siguiente, a muy temprana hora, iría a cargar un barco de leña. Ogniev regresó poco después con dos botellas de vodka. Entonces los locos se acercaron al tablón, sacaron vasos y se sentaron en círculo. El camarada Ogniev les sirvió a todos, brindaron y luego bebieron en silencio.

—Ahora voy a hablar yo —dijo Ochogov—. Hubo unos tales hermanos Wright, quienes decidieron volar al cielo y perecieron en el intento, estrellándose contra la tierra: pero los hombres no abandonaron ese sueño; los hombres insistieron en conocer el cielo y hoy vuelan, camaradas, como los pájaros, como las águilas. El camarada Lenin murió de la misma manera que los hermanos Wright y yo fui el primer presidente del Comité Ejecutivo de nuestra ciudad. En el año 1921 todo terminó. Nosotros somos los únicos comunistas verdaderos que quedan en la ciudad y por eso el único sitio que nos queda para vivir es un sótano. Yo fui el primer comunista de este lugar y lo seguiré siendo hasta que muera. Nuestras ideas jamás perecerán. ¡Y qué grandes ideas las nuestras, camaradas! Ahora, fuera de nosotros, nadie las recuerda. ¡Somos lo mismo que los hermanos Wright!...

El camarada Ogniev les sirvió a todos una segunda ronda de vodka; luego interrumpió a Ochogov:

—Ahora voy a hablar yo, presidente. ¡Qué acciones hemos vivido! ¡Cómo se combatía! Yo mandaba un escuadrón de combatientes. Un día atravesamos un bosque; caminamos un día, una noche, otro día, otra noche. Cuando de pronto, al amanecer, oímos las ametralladoras...

Ogniev fue interrumpido por un tal Podyarov, quien le preguntó al orador:

—¿Cómo manejas tú la bayoneta? ¿Cómo pones el pulgar cuando arremetes?, ¿a un lado o derecho? ¡Déjame ver!

—Sobre la hoja, derecho —respondió Ogniev.

—Todos lo hacen así, pero déjanos ver cómo lo haces tú. Toma el cuchillo. ¡Déjanos ver cómo haces!

Ogniev tomó la lanza de zapatero con que cortaban el pan y mostró cómo ponía el pulgar sobre la hoja.

—No sabes usar la bayoneta —gritó Podyarov— cuando yo ataco no mantengo el arma así, yo corto igual que si estuviera usando una navaja. ¡Pásamela! ¡Te voy a enseñar a utilizar la bayoneta! No lo haces bien, no has aprendido...

—¡Camaradas! —dijo con voz lenta Ochogov, y su rostro estaba contrahecho por la locura y el dolor— hoy debemos hablar de ideas, de grandes ideas, no de bayonetas.

Ochogov fue interrumpido por un cuarto camarada que gritó:

—Camarada Ogniev, tú estabas en la tercera división y yo en la segunda. ¿Te acuerdas de cómo perdiste la buena ocasión para atacar cuando estabas cerca del Chinki?

—¿Que perdimos nosotros la ocasión? ¡No sé de qué me estás hablando! Fueron ustedes quienes la perdieron, no nosotros...

—Camaradas —repitió tristemente el loco Ochogov—. Debemos hablar de ideas...

A eso de la medianoche, en su refugio al lado de las calderas, dormían todos aquellos desarrapados que habían conquistado el derecho de vivir bajo tierra en los hornos de una fábrica de ladrillos. Dormían amontonados; la cabeza de uno encima de las rodillas de otro, cubiertos con sus harapos. El último en dormirse fue su presidente, Iván Ochogov, el cual permaneció tendido largo rato junto a la boca del horno con un pedazo de papel. Tendido boca abajo, con la hoja de papel colocada en el suelo, el poeta quería escribir un poema. Mojaba la punta del lápiz con saliva hasta que se le ocurría una idea. "¡Nuestra sublevación tiene alcances mundiales!", escribió y tachó. "¡Hemos encendido algo mundial!", escribió y tachó. "¡Vosotros que calentáis vuestras manos ladronas!", escribió y tachó. "¡Vosotros, imbéciles lacayos...!", escribió y tachó. Las palabras no acudían esa noche a él. Se durmió posando la cabeza sobre el cuaderno lleno de tachaduras. Allí dormían los comunistas del periodo del comunismo de guerra, desmovilizados en 1921, gentes cuyas ideas se habían detenido, locos y borrachos, gentes que en su refugio subterráneo, en el trabajo de carga y descarga de los barcos, en el corte de leña, habían creado una comunidad muy severa, un severísimo comunismo, por lo que no poseían nada propio, ni dinero ni objetos, ni esposas; bueno, la verdad es que sus mujeres los habían abandonado, habían huido de sus sueños, de su locura y del alcohol En aquel recinto subterráneo el aire era irrespirable y había mucho calor, mucha miseria.

Inmóvil y negra como la historia de aquellos lugares, la medianoche dominó la ciudad.

Esa medianoche, en la escalera del entresuelo, el más joven de los restauradores, Stepan Fiodorovich, detuvo a Catalina, le tocó la espalda, dura como la de un caballo, la recorrió con mano ebria y luego le dijo en voz baja:

—Díselo a tus... hermanas... Volveremos a festejar... Diles que busquen un lugar...

Catalina permanecía allí con docilidad absoluta, con la misma docilidad con que susurro:

—Muy bien, se los diré.

En aquel momento Jakov Karpovich, abajo, le exponía a Pavel Fiodorovich una teoría sobre la civilización. En el salón, sobre la mesa redonda, estaba colocada una fragata de cristal y bronce, hecha en tal forma que pudiera servir como un recipiente de licor. Se pretendía que cuando aquel licor llegara a una garganta humana transmitiera la sensación de que era posible zarpar en ese navío hacia un mundo fantástico. Era un bello objeto del siglo XVIII. Estaba llena de coñac. Pavel Fiodorovich permanecía sentado con aire taciturno. Jakov Karpovich daba vueltas agitadamente en torno a él con sus pasitos de palomo, sosteniéndose la hernia con la mano derecha a través del agujero hecho en sus pantalones.

—Sí, ¡ejem! —decía—. Según usted, ¿qué es lo que mueve al mundo: la civilización, la ciencia, los barcos? Dígame usted, ¿qué cosa?

—Sí, ¿qué cosa? —respondió como un eco Pavel Fiodorovich.

—Según usted, ¿qué es? ¿El trabajo? ¿Los conocimientos? ¿ El hambre? ¿El amor? No, señor, lo que alimenta a la civilización es la memoria. ¿Se imagina las escenas que podrían producirse si por la mañana los hombres descubrieran que habían perdido la memoria? ¿Que les quedaban los instintos y la razón pero no la memoria? He aquí que me levanto de la cama y me caigo al suelo porque sólo gracias a la memoria conozco el espacio y al no existir la memoria yo lo desconozco. Los pantalones están sobre la silla, hace frío y sin embargo no sé qué uso pueda tener esa prenda. No sé cómo debo caminar, si sobre las manos o a gatas. No recuerdo el día anterior, por lo mismo no temo a la muerte ya que no la conozco. Los ingenieros han olvidado todas sus matemáticas y por eso se detienen todos los tranvías y las locomotoras. Los sacerdotes no encuentran ya el camino a la iglesia y, además, no recuerdan nada sobre Jesucristo. Sí, ¡ejem!... Me han quedado los instintos, pero hasta ellos

están ligados a la memoria: no sé qué debo comer, si la silla o el pan que me trajeron ayer, y cuando veo a una mujer no sé si es mi hija o mi esposa.

La fragata alcohólica sobre la mesa aclaraba con los vientos del noreste los pensamientos de Jakov Karpovich; junto a la fragata, entre la caoba del salón, había encallado desde el siglo XVIII una edición rusa de Voltaire. Más allá de las ventanas del siglo XVIII proseguía su propio curso una noche de provincia soviética.

Una hora después, la casa de Skudrin dormía tranquilamente. Entonces, en el acre silencio del dormitorio, Jakov Karpovich se acercó al lecho donde dormida yacía María Klimovna. La diminuta viejecita dormía. La vela temblaba en las manos de Jakov Karpovich. Jakov Karpovich reía con carcajadas sordas. Jakov Karpovich recorrió la espalda apergaminada de María Klimovna con ojos llorosos de voluptuosidad.

—¡Máchenka, Máchenka!... es la vida, es la vida. ¡Máchenka!

El siglo XVIII se deslizó por entre las tinieblas volterianas.

A la mañana siguiente, en la ciudad las campanas morían y aullaban hechas pedazos. Los hermanos Bezdetov habían madrugado, pero María Klimovna se había levantado aun antes que ellos para preparar empanadas calientes rellenas de hongos y cebolla y servírselas con el té. Jakov Karpovich dormía. Catalina iba de un lado a otro, somnolienta. Bebieron el té en silencio. El día comenzaba gris, se abría muy lentamente. Después del té los hermanos Bezdetov se pusieron a trabajar. Pavel Fiodorovich había formulado una lista de casas y familias que debían visitar. Las calles se extendían en el silencio del adoquín provinciano, de las bardas de piedra, de las enredaderas sobre las paredes, del sauquillo que recubría las ruinas producidas por los incendios, entre iglesias y campanarios. Cuando las campanas comenzaron sus lamentaciones en las calles reinaba un oscuro silencio, pero ese silencio, aullaba cuando las campanas rugían al caer.

Los Bezdetov entraban en las casas con aire taciturno, uno al lado del otro, y miraban en torno suyo con ojos en apariencia ciegos.

1. En la calle de la Staraia Rovstovskaia había una casa de paredes retorcidas. En ella esperaba la muerte la viuda Michkina, una anciana de más de setenta años. La casa hacía ángulo con la calle por haber sido construida antes de que en el pueblo se trazaran calles; no había sido levantada con madera aserrada sino con troncos desbastados, pues la habían edificado en una época en que los rusos no utilizaban todavía la siega y construían sólo con el hacha, es decir antes de la época de Pedro el Grande. En aquellos tiempos era considerada como una casa de boyardos. Allí se conservaba, desde entonces, una estufa de baldosas que se elevaba sobre un gran banco recubierto como la estufa de mayólica. Los mosaicos estaban decorados con motivos de ovejas y boyardos y recubiertos de ocre y esmalte.

Los Bezdetov entraron por la puerta sin tocar. La anciana estaba sentada en un promontorio de tierra delante de una artesa redonda donde un cerdo comía ortigas remojadas en agua caliente. Los Bezdetov le hicieron una reverencia a la anciana y se sentaron en silencio a su lado. La anciana respondió confusamente con gestos silenciosos, contenta y asustada al mismo tiempo. Llevaba unos zapatos de fieltro agujereados, una bata casera de algodón y un chal persa de vivo colorido.

—¿Entonces qué, la vende? —preguntó Pavel Fiodorovich.

La anciana escondió las manos bajo el chal y agachó los ojos, con la mirada fija en el suelo, en el puerco; Pavel y Stepan se hicieron un guiño, y Stepan murmuró:

—Es un hecho, la venderá.

La anciana se limpió la comisura de los labios con una mano descarnada, temblorosa, de uñas violáceas.

—La verdad es que no sé qué hacer -respondió, mirando a los hermanos, con aire culpable— ustedes saben, la he recibido en herencia de mis abuelos, tal vez de los bisabuelos, está en la casa desde tiempo inmemorial... Saben ustedes, desde que murió mi inquilino, ¡Dios lo tenga en su santa gloria!, yo ya no puedo más; me pagaba tres rublos al mes por la habitación y compraba el petróleo. Para mí eso era más que suficiente... Mi padre y mi madre

murieron precisamente en el banco de esa estufa... ¿Qué debo hacer? ¡Dios lo tenga en su santa gloria!, me refiero a mi inquilino; era un hombre magnífico, me pagaba tres rublos al mes y murió entre mis brazos... Lo he pensado, lo he pensado mucho; no crean, algunas noches ni siquiera puedo dormir; ustedes me han quitado la paz.

Pavel Fiodorovich dijo:

—Entre la estufa y el banco hay ciento veinte azulejos. Tal como convinimos, a veinticinco copeicas cada uno, dan una cantidad de treinta rublos. Le bastarán a usted para toda la vida. Nosotros enviaremos a alguien que se ocupe de desmontarla, que quite los azulejos y le pinte luego la estufa de blanco. Todo eso corre por nuestra cuenta, usted no tiene por qué preocuparse.

—Sobre el precio no discuto —dijo la anciana—. El precio que ustedes me ofrecen es altísimo. Nadie aquí me pagaría un precio semejante... Además, fuera de mí, ¿a quién le sirven los azulejos? Eso es, si no fuera por mis padres... Yo me he quedado sola...

La anciana permaneció un rato meditabunda. Reflexionó profundamente; ¿o tal vez no pensaba en nada? Sus ojos dejaron de ver, parecían haberse sumido en la ceguera. El cerdo terminó de comer las ortigas y con el hocico le arrebató uno de los zapatos a la vieja: los hermanos Bezdetov observaban con ceño severo a la anciana. Ésta volvió nuevamente a secarse las comisuras de la boca con mano temblorosa. Después esbozó una tímida sonrisa y con aire culpable dirigió la mirada hacia las paredes chuecas del patio y el huerto, luego, con aire culpable, la bajó delante de los hermanos Bezdetov.

—¡Bueno, así sea! ¡Dios los bendiga! —dijo tendiéndole la mano a Pavel Fiodorovich de manera blanda y tímida, pero que seguía los usos de la más vieja tradición comercial: de ese modo consignaba los azulejos en un trato de mano a mano.

2. En la plaza de la catedral, en el entresuelo de lo que en otra época había sido una casa privada, vivía la familia Tuchkov, antiguos propietarios de tierras. La casa que habían poseído en otra época en la ciudad había sido convertida en fábrica de productos lácteos. En el sótano vivían dos adultos y seis niños; los adultos eran dos mujeres, la vieja Tuchkova y su nuera, cuyo marido, un exoficial del ejército, se había disparado un balazo en 1925, cuando estaba a punto de morir de tuberculosis. El padre, un coronel, había caído en 1915 en la campaña de los Cárpatos. Cuatro de los niños eran hijos de Olga Pavlovna, la nuera; los otros dos, del más joven de los Tuchkov, a quien habían fusilado por actividades contrarrevolucionarias. Olga Pavlovna mantenía a la familia tocando el piano por las noches en la sala de cine. Era una mujer de treinta años que, sin embargo, parecía ya una vieja.

Cuando llegaron los hermanos Bezdetov la puerta estaba abierta, como de costumbre suele estarlo en casa de los pobres. Los recibió Olga Pavlovna, quien, con un movimiento de cabeza, los invitó a entrar y luego se adelantó a la carrera al cuarto que daban en llamar comedor" para cubrir la cama a fin de que los extraños no advirtieran que bajo las cobijas no había ropa blanca. Olga Pavlovna se miró furtivamente en el tríptico de espejos del tocador de caoba estilo Alejandro I. Los dos hermanos mantenían una actitud seria, comercial. Stepan levantaba las sillas, las sopesaba en el aire, examinaba el diván, levantaba el colchón de la cama para ver las trabes del mueble, sacaba los cajones de una cómoda: observaba la caoba. Pavel se entretenía en examinar las miniaturas, los trabajos de perlas y la porcelana. La joven Olga Pavlovna había conservado una actitud de adolescente, tanto en los movimientos como por su capacidad de ruborizarse. Los restauradores lo observaban y estudiaban todo en silencio, extrayendo de los rincones suciedad y miseria. Los seis niños se prendían de la bata de su madre llenos de curiosidad por lo insólito de la visita, los dos mayores estaban dispuestos a tomar parte en el saqueo. La madre se avergonzaba por la conducta de sus hijos, pero los más pequeños lloriqueaban, colgados de su bata, impidiéndole realmente avergonzarse del todo. Stepan hizo a un lado tres sillas y dijo:

—No está completo el juego.

—¿Qué dice usted? —preguntó Olga Pavlovna, y gritó con voz cansada a los pequeños—: ¡Niños, salid de aquí, por favor! ¡Nada tienen que hacer aquí! ¡Fuera, por caridad!

—No está completo el juego —repitió Stepan Fiodorovich&#. Sólo hay aquí tres sillas y un sillón. Son piezas excelentes, no se lo discuto, pero será necesario hacerles infinidad de reparaciones. Usted misma puede darse cuenta, hay demasiada humedad en este lugar. Y es necesario completar el juego.

Los niños enmudecieron tan pronto como el restaurador comenzó a hablar.

—Sí —dijo OIga Pavlovna, y enrojeció— lo teníamos completo; tal vez aún sea posible encontrar las piezas que faltan. Una parte se quedó en la casa grande cuando nos fuimos, otra se la repartieron los campesinos y ésta la han arruinado los niños. Además, usted tiene razón, la humedad de este lugar... Sacamos nuestras cosas en condiciones desesperadas.

—Sin duda les habrá llegado una orden de salir en el término de veinticuatro horas.

—Nosotros salimos una noche, sin esperar la orden. La preveíamos.

En ese momento intervino en la conversación Pavel Fiodorovich, quien le preguntó a Olga Pavlovna:

—¿Entiende usted francés o inglés?

—Por supuesto —respondió Olga Pavlovna—, los hablo...

—¿Estas pequeñas miniaturas serán Bouchet o Gosswyn?

—¡Oh, sí, estas miniaturas...!

Pavelk Fiodorovich dijo, después de haber cambiado una mirada con su hermano:

—Le podemos dar veinticinco rublos por cada pieza. Stepan Fiodorovich interrumpió al hermano y dijo en tono severo:

—Si logra usted reunir por lo menos la mitad de este juego de muebles, se los compro todos. Si, como dice usted, es posible que estén aún entre los campesinos, sería bueno hacer un viajecito.

—Claro, claro —respondió ella—. La mitad del juego... nuestra aldea queda a trece verstas de aquí, es casi un paseo... Seguramente podré reunir la mitad de los muebles. Hoy mismo iré a la aldea, y mañana les tendré una respuesta. Pero, ¿si algunos de los objetos estuvieran rotos...?

—No importa, rebajaremos el precio. No es necesario una respuesta, traiga todo directamente acá para que mañana podamos empacar. Le daremos quince rublos por los divanes, siete y medio por los sillones y las sillas se las pagamos a cinco. El empaque será a costa nuestra.

—Sí, sí, iré hoy mismo, nuestra aldea queda sólo a trece verstas de aquí —repitió—, es casi un paseo... En este mismo momento me pondré en marcha.

El niño mayor preguntó:

—Maman, ¿me comprarás zapatos?

Afuera, el día seguía siendo gris; al final de la ciudad se unían las calles con la campiña rusa.

3. Viacheslav Pavlovich Karazin, el señor, estaba tendido en un diván en el comedor de su casa, cubierto con un abrigo de pelo de camello, raído hasta lo inverosímil. Tanto el comedor como el estudio (que en verdad era el matrimonio conyugal) parecían un museo montado en las humildes habitaciones de un empleado de correos. Los hermanos Bezdetov se detuvieron en el umbral de la puerta e hicieron una reverencia. El patrón Karazin los observó largamente y luego gritó:

—¡Fuera de aquí, bandoleros! ¡Fuera de aquí!

Los hermanos permanecieron inmóviles. El patrón Karazin, con el rostro de un color ya tumefacto, volvió a gritar.

—¡Fuera de aquí, canallas!

Al oír los gritos apareció su mujer. Los Bezdetov le hicieron una reverencia y retrocedieron unos cuantos pasos.

Librodot

—Nadine, ya sabes que no puedo ver a estos sinvergüenzas —dijo el señor Karazin a su esposa.

—Está bien, Viacheslav, está bien. ¿Por qué no pasas al estudio? Yo me entenderé con ellos.

Sabes muy bien cuál es la situación, Viacheslav —dijo la señora.

—Han perturbado mi descanso. Muy bien, me retiro al estudio. Pero por favor, ninguna familiaridad con estos esclavos.

El barin Karazin salió de la habitación, arrastrando tras sí el abrigo; en ese momento volvieron a entrar los hermanos Bezdetov, quienes hicieron una nueva y respetuosa reverencia.

—Muéstrenos usted, señora, sus gobelinos rusos y díganos también el precio de las piezas de ebanistería —dijo con voz desapasionada Pavel Fiodorovich.

—Tomen asiento, señores —dijo ella.

La puerta del estudio se entreabrió y asomó por ella la cabeza del patrón. Karazin comenzó a gritar, con los ojos fijos en las ventanas para evitar posarlos, aunque fuera de manera involuntaria, en los hermanos Bezdetov.

—Nadine, no permitas que se sienten. ¿Pueden acaso esos individuos apreciar el valor real del arte? No permitas que elijan nada. Vende lo que no tengamos más remedio que vender. Véndeles la porcelana y los bronces...

—Nos podemos ir y se acabó el problema —dijo Pavel Fiodorovich.

—No, por favor un momento, señores; dejen ustedes que Viacheslav Pavlovich se tranquilice: ha estado muy enfermo —dijo la señora Karazin apoyándose en la mesa—. Tenemos absoluta necesidad de vender algunas piezas. ¡Ah, señores! Viacheslav Pavlovich, por favor cierra esa puerta, no oigas; sal mejor a dar un paseo...

4, 5-7. Por la noche, cuando las cornejas terminaron de desgranar el día y las campanas cesaron de gemir, los hermanos Bezdetov volvieron para cenar. Después de la cena, Jakov Karpovich Skudrin salió en expedición. Tenía en el bolsillo el dinero de los Bezdetov y su lista. Se había puesto un sombrero de fieltro de ala amplia, un abrigo de cordero y unos zapatones con múltiples remiendos. Tenía que visitar al carpintero y al cochero en busca de cajas y cuerdas para el empaque, así como para contratar el transporte hasta el muelle de los objetos adquiridos. Era preciso que salieran por barco al día siguiente hacia Moscú. El viejo era un hombre práctico; en el momento de salir de casa dijo:

—Lo mejor sería que fuesen los locos quienes se encargaran de empacar y transportar; son los tipos más honrados del lugar a pesar de su idiotez; pero no va a ser posible; el hermanito Iván no se los permitiría jamás; nunca consentiría que trabajasen para la contrarrevolución histórica, ¡ja, ja. ja!

Los hermanos Bezdetov se acomodaron en el salón, para descansar. La tierra se aprestaba a recibir la noche. Al crepúsculo la gente había llegado a tocar furtivamente en la ventana de María Klimovna. Catalina respondía a esos llamados: la gente trataba de congraciarse con ella como suelen hacer los pobres: "Me han dicho que tienen ustedes unos huéspedes que compran todas las cosas viejas", y ofrecían rublos y copeicas antiguos, lámparas rotas, samovares inservibles, libros, candelabros; no sabían nada de antiguedades, eran miserables en el sentido más amplio de la palabra. Catalina no les permitía acercarse a los huéspedes con sus lámparas de latón, y les proponía que dejaran sus cosas hasta el día siguiente, cuando los forasteros, ya descansados, pudieran echarles una ojeada. La noche era oscura; más tarde comenzó a soplar el viento que movió las nubes y una fina lluvia comenzó a caer sobre la ciudad con fatalidad otoñal. A través del bosque, entre caminos que eran ríos de fango (de un fango parecido al que en esos días se sumía Akim Skudrin), caminaba Olga Pavlovna, la mujer con cara de vieja y movimientos ligeros de muchacha. El bosque sucumbía ante el viento. El bosque inspiraba pavor. La mujer, víctima de un terror infantil, caminaba rumbo a su aldea para comprarle a los campesinos unos sillones de los que ellos no tenían necesidad alguna.

A eso de las ocho Catalina le pidió a su madre permiso para ir a los ensayos del coro y visitar después a una amiga; se puso su mejor vestido y salió. Media hora más tarde caminaban bajo la lluvia también los hermanos Stepan y Pavel Bezdetov. Catalina los esperaba no muy lejos del puente. Stepan Fiodorovich la tomó del brazo. En la más profunda oscuridad siguieron un camino que bordeaba un barranco, hacia las afueras de la ciudad. Allí vivían las viejas hermanas Skudrin. Catalina y los dos hermanos Bezdetov atravesaron el patio como criminales, y como criminales se internaron en el jardín. Al fondo, escondido, había un baño.

Catalina tocó; la puerta se entreabrió. En el baño había luz y tres muchachas esperaban allí a los huéspedes. Habían cubierto cuidadosamente las ventanas con cortinas, y habían llevado al lugar una pequeña mesa que fue colocada en mitad del baño. Las muchachas vestían su ropa de fiesta y saludaban a los huéspedes con murmullos.

Los hermanos Bezdetov sacaron de las bolsas las botellas de coñac y de oporto llevadas desde Moscú.

Las muchachas arreglaron la mesa, colocaron sobre el mantel el salami cocido, los trozos de pescado marinado y en aceite, caramelos, tomates y manzanas. La mayor del grupo, Claudia, sacó de detrás de la estufa una botella de vodka. Todos hablaban en voz baja. Los hermanos Bezdetov se sentaron uno al lado del otro en los escalones de madera. Una lámpara iluminaba el cuarto de baño.

Una hora después las muchachas estaban ya ebrias, pero a pesar de su ebriedad seguían hablando en murmullos. Los borrachos, y en especial las mujeres altivas, conservan sin alteración durante largo rato la primera expresión que el alcohol imprime a sus rostros. Claudia se sentó en la mesa, sosteniéndose la cabeza con una mano, en un gesto típicamente masculino; tenía las encías descubiertas, y los labios inmóviles y fijos en un gesto de desprecio; de cuando en cuando se le escapaba de la mano su cabeza y entonces se mesaba con rabia sus cabellos cortos, sin experimentar dolor; fumaba un cigarrillo tras otro y bebía coñac; su rostro había enrojecido excesivamente, era bella y horrible al mismo tiempo. Decía con desprecio:

—¿Me he emborrachado? Sí, estoy muy borracha. ¡Muy bien! Mañana iré de nuevo a la escuela a enseñar; pero, ¿qué sé yo? ¿Qué cosa enseño? A las seis tendré que ir a la reunión de padres de familia convocada por mí misma. Aquí está, en mi agenda, aquí lo anoto todo... Bebo... lo que sea... y he acabado por emborracharme. ¿Quiénes sois vosotros? ¿Tal vez parientes míos? ¿Compráis muebles de caoba? ¿Antiguallas? ¿Queréis también comprarnos a nosotras con vino? ¿Creéis que no sé lo que es la vida? Sin embargo lo sé muy bien... Pronto tendré un hijo... no sé quién es su padre... ni me importa...

Claudia mostraba las encías al hablar; los ojos no perdían su inmovilidad. Pavel molestaba a Zina, la más joven, una muchacha que no dejaba de reír, cuyos rizos eran de un rubio casi blanco, sentada en el tronco de un árbol, un poco lejos de los demás, con las piernas largas y los puños en las caderas. Pavel Fiodorovich le decía en aquel momento:

—Y a ti, Zina, te apuesto lo que quieras a que no te quitarás la camiseta, te apuesto a que ni siquiera te desabrocharás el cinturón; estoy seguro de que no te atreves...

Zina se cubría la boca para que no se oyeran sus carcajadas; reía a más no poder; cuando lograba tranquilizarse decía:

—¡Ya te voy a enseñar de qué soy yo capaz!

—Estoy seguro de que no me enseñarás nada. No te atreves.

Claudia intervino para decir con desprecio:

—Lo va a hacer. ¡Zina muéstrale las tetas! ¡Deja que te miren! ¿Quieres que se las muestre yo? ¿Crees que soy una borracha? Nada de eso; desde la última vez que nos vimos no había vuelto a beber. Lo que pasa es que hoy desde que salí de casa estaba dispuesta a embriagarme, quiero emborracharme esta noche hasta morir, pase lo que pase. ¡Zina, no seas mala, enséñale los senos! ¿Cómo a Kolia sí se los muestras?... ¿Quieres que sea yo quien se los muestre?

Claudia le dio un jalón al cuello de su blusa. Las muchachas se lanzaron sobre ella.

—Claudia, no rompas tu vestido, de otra manera en casa van a enterarse de todo —dijo juiciosamente Catalina.

Zina trataba de tenerse en pie con dificultades, abrazó a Claudia, tomándola de la mano. Claudia la besó.

—¿No debo romperlo? —preguntó—. Bueno, si lo decís vosotras no lo haré... Pero, Zina, ¿por qué no les muestras las tetas?,.. Deja que miren, nosotras no nos avergonzamos de nada, no tenemos prejuicios... ¿Vosotros compráis caoba?

—Está bien, se las voy a enseñar —dijo Zina, con tono dócil y serio, como de escolapia, mientras comenzaba a desabrocharse la blusa.

La cuarta muchacha salió a vomitar. Seguramente los hermanos Bezdetov se sentían compradores; sólo sabían comprar.

Afuera caía la lluvia; los árboles sucumbían al viento. A esa hora Olga Pavlovna había llegado ya a su aldea y, feliz y agradecida al abuelo Nazar que le había vendido algunas sillas y un sillón, dormía tendida en un montón de paja, en el suelo de la isba de Nazar. El barin Karazin se debatía a esa misma hora en medio de un ataque de histeria senil. Y también a esa misma hora los idiotas del subterráneo evocaban junto a las calderas con ojos y voces de locos el año 1919, cuando todo se poseía en común, tanto el pan como el trabajo, cuando no existía ni pasado ni futuro, cuando reinaban las ideas y no el dinero; un periodo histórico vuelto de pronto inútil.

Una hora más tarde el baño fue abandonado. Las mujeres ebrias y los hermanos Bezdetov regresaron a sus casas; las jóvenes con una soberbia borrachera a cuestas llegaron a sus camas como pudieron. En el baño, tirada en el suelo, había quedado la agenda. Allí se leía: "Convocar para el día 7 a las dieciocho horas el consejo de padres de familia." "Proponer reunión del comité local para la suscripción del empréstito requerido para el plan de industrialización, descontable del salario mensual." "Pedir mañana al camarada Alexsandrievich que revise el Alfabeto del Comunismo."

A la mañana siguiente las campanas volvieron a lamentarse. Bajo la vigilancia de Jakov Karpovich se dirigieron en efecto hacia el muelle algunos carros llenos de muebles de caoba de la época de Catalina, de Pablo, de los dos Alejandros. Los hermanos Bezdetov durmieron hasta el mediodía. En la cocina se había reunido a aquella hora una multitud de pobres diablos que esperaban conocer la suerte que iban a correr sus rublos viejos, sus lámparas viejas, sus candelabros viejos.

La ciudad es una Brujas rusa.

IV

...Precisamente en aquella época. dos días después del viaje de los hermanos Bezdetov, llegó a la ciudad el ingeniero Akim Skudrin, el hijo menor de Jakov Karpovich. No se hospedó en casa de su padre; llegó, en cambio, a casa de sus tías Capitolina y Rimma. El ingeniero Akim no viajaba para hacer negocios, sino porque disfrutaba de una semana libre de trabajo.

...Capitolina Karpovna se acercó a la ventana. ¡Provincia! Una pared de ladrillos rojos, destruida a medias, se apoyaba por una parte en una casa color ocre, con una terraza, y por la otra en la iglesia. Más allá había una plaza, la balanza pública, otra iglesia. Llovía. Un cerdo se revolcaba en un lodazal. Un carro cisterna se detuvo frente a la casa. Por la pequeña puerta salió Claudia, con los zapatos bien lustrados, una capa negra que le llegaba hasta el tobillo y la cabeza cubierta por una pañoleta azul. Atravesó la calle con la cabeza gacha, caminó a lo largo de la pared en ruinas hasta que llegó a la esquina de la plaza donde dio vuelta. Los ojos claros de Capitolina Karpovna seguían los movimientos de Claudia. Del otro lado de la pared Rimma Karpovna daba de comer a su nietecita, la hija de Bárbara, la mayor. En la habitación todo era pobre y limpio, ordenado, colocado en su sitio desde hacía varias décadas. Todo allí respondía a la concepción de cómo debía ser la casa de una vieja solterona, de una solterona vieja: una cama estrecha, una mesa de trabajo, una máquina de coser, un maniquí, cortinas de tul. Capitolina Karpovna entró en el comedor.

—Querida Rimma, déjame darle de comer a la nietecita. Acabo de ver salir a Claudia. ¿También Bárbara está afuera?

Dos viejas, Capitolina y Rimma: honradas pequeño burguesas herederas de muchas generaciones de pequeña burguesía, dedicadas a la costura y al bordado. Su vida era simple como la línea de la vida en la palma de la mano izquierda. Había entre ellas un año de diferencia. Capitolina era la mayor. La de Capitolina había sido una vida llena de dignidad, sometida desde el inicio a la moral burguesa. Toda su vida había transcurrido ante los ojos de la ciudad entera, actuando en conformidad con los reglamentos de la ciudad. Era un ejemplar de burguesía respetable. Y no sólo la ciudad entera, sino también ella sabía que todos sus sábados habían transcurrido en el encierro y la oración, que había pasado todos los días de su vida agachada sobre sus bordados para blusas y camisas, millares de camisas, que ningún extraño la había besado jamás; sólo ella conocía los pensamientos y el sabor a vino ácido que depositan en el corazón las arrugas. Sin embargo, en su vida había existido la adolescencia, la juventud y ese veranillo de san Juan que suele ser una delicia; pero nunca en su vida había sido amada, en ninguna ocasión había conocido el pecado. Era un ejemplo, según las leyes vigentes en la ciudad, una vieja virgen que había dejado agriar la propia vida al servicio de la castidad, de Dios, de la tradición...

La vida de Rimma Karpovna, ella también costurera, había sido diferente. El hecho había ocurrido veintiocho años antes y había durado tres años, tres años de un deshonor que continuó siendo deshonor toda su vida. Fue en los días en que Rimma había ya pasado de los treinta años, cuando la juventud comenzaba a desaparecer y se enraizaba en ella la desesperación. En la ciudad vivía un empleado de la tesorería, un actor aficionado, apuesto y canalla. Estaba casado, tenía hijos, bebía en exceso. Rimma se enamoró y no supo resistir al amor. Todo fue en esa historia motivo de vergüenza y escarnio. En aquel amor se reunían todos los elementos que podían deshonrar a una mujer según los mandamientos de la ética provinciana, y todo había sido desdichado. En los alrededores había bosques donde hubiera sido posible mantener el secreto, pero ella se le había entregado a aquel hombre de noche en un callejón, y ni siquiera una sola vez durante los tres años que duró su vergiienza se había encontrado con su amante bajo el techo de una casa. Las citas tenían lugar en una arboleda o en la calle, entre las ruinas de una casa, en barcas abandonadas, aunque fuera otoño y aun invierno. El hermano Jakov Karpovich repudió a su hermana y la echó de casa; hasta su

hermana Capitolina se declaró en su contra. En la calle la gente la señalaba con el dedo; fingían no conocerla. La mujer legítima del tesorero y actor golpeó a Rimma y azuzó a los muchachos de los suburbios para que la golpearan; la ciudad y sus leyes otorgaban toda su protección a la mujer legítima. Rimma tuvo una hija, Bárbara, vergüenza y testimonio de esa vergüenza. Tuvo una segunda, Claudia, y Claudia fue una segunda encarnación de la deshonra. El actor y tesorero abandonó la ciudad. Rimma se quedó sola con las dos niñas, en la miseria más siniestra, deshonrada, y con treinta años cumplidos desde hacía mucho tiempo. Pasaron los años, Bárbara se casó, el matrimonio fue feliz, tuvo a su vez dos niñas. Rimma Karpovna fue abuela de dos nietas. El marido de Bárbara era empleado; también Bárbara era empleada. A Rimma Karpovna, convertida en jefa de familia, le estaban reservadas todas las labores de la casa. La buena anciana estaba contenta con su propia vida. La vejez la hizo perder estatura y la felicidad la engordó: pequeña y opulenta de carnes, tenía los ojos dulces y llenos de vida. Ahora Capitolina Karpovna no podía pensar en otra cosa que no fuera la vida de Rimma, la de Bárbara, Claudia y las dos nietecitas: su castidad, su honorabilidad, su fidelidad a los dictámenes de la ciudad no le habían servido de nada. La vieja Capitolina Karpovna no tenía una vida propia.

—Querida Rimma, déjame darle de comer a la nietecita. Acabo de ver salir a Claudia. ¿También Bárbara está afuera?

Afuera quedaba la provincia, el otoño, la lluvia. Se oyó tocar el gozne de la puerta; unos zapatos masculinos golpearon el suelo para sacudirse el agua y el lodo; entró a la casa un hombre que miró en torno suyo con esa incertidumbre de los miopes cuando se les empañan los lentes. Era el ingeniero Akim Jakovlevich Skudrin, idéntico a un retrato de su padre tomado cincuenta años atrás. Había llegado a su ciudad natal sin saber bien a bien ni por qué ni para qué.

—Aquí me tienen, tías queridas —dijo Akim y se adelantó a besar a su tía Rimma.

¡Provincia, lluvia, otoño, el samovar ruso!

... El ingeniero Akim no había llegado para hacer negocios. Las tías lo recibieron con el samovar; prepararon unos blinis de prisa y se los ofrecieron con la hospitalidad de la provincia rusa. Akim no se presentó ni en casa de su padre ni ante las autoridades. Se imponía sobre la ciudad el gemido de las campanas moribundas, en las calles florecía la manzanilla. Akim pasó veinticuatro horas en la ciudad y se marchó después de haber comprobado que el lugar natal no le era necesario: la ciudad no lo acogió en su seno. Pasó el día con las tías, recorriendo la vida de ellas con la memoria, con la vanidad de la memoria; tomó parte en la negra miseria de sus tías, en sus problemas y esperanzas, en sus pensamientos. Los objetos de la casa estaban en el mismo sitio en que habían estado veinte o veinticinco años atrás; el maniquí que tanto lo había espantado durante la infancia, ya no le daba miedo. A la hora del crepúsculo regresó Claudia de la escuela. Los dos primos, a quienes separaban diez años de edad, se sentaron en el mismo sillón.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó Akim.

Hablaron de mil tonterías; luego Claudia sacó a colación el tema que más le preocupaba, y habló de él con entera sencillez. Estaba muy hermosa, muy serena. Las tinieblas parecían demorarse en llegar; tal vez se adensaban.

—Quiero oír tu consejo —dijo Claudia—. Voy a tener un hijo. No sé qué hacer, no sé quién es el padre.

—¿No sabes quién es su padre?

—Tengo veinticuatro años —dijo Claudia—. Esta primavera decidí que había llegado el momento de ser mujer, y lo he sido.

—¿Amas a alguien?

—No, ha habido más de uno. Tenía curiosidad. Lo he hecho por curiosidad; además ya era hora, tengo veinticuatro años.

Akim no supo qué más preguntar.

—No me interesaba tanto saber qué era el amor, sino conocerme a mí misma, mis propias emociones. He elegido a los hombres, los he querido de distintos tipos, para poder conocerlo todo. No quería embarazarme; el sexo es un placer, no pensaba en el niño. Sin embargo he quedado encinta y me he decidido a no abortar.

—¿Y no sabes de quién es? —repitió Akim.

—No estoy segura. Eso para mí no es importante. Soy madre. Ya me las arreglaré; el Estado me ayudará; en cuanto a la moral... la verdad es que no sé qué es; me han hecho olvidar lo que significa. Tal vez tenga yo una moral propia. Respondo sólo a mí, y a mí misma. ¿Por qué ha de ser inmoral entregarse a alguien? Hago lo que quiero y no tengo obligaciones con nadie. ¿Me preguntas quién es él? No quiero obligarlo de ninguna manera, un marido sólo me serviría si tuviera necesidad de él y ningún compromiso lo atara. No quiero un esposo que ande por casa en pantuflas y se dedique a hacerme un hijo tras otro. La gente me ayudará, tengo fe en la gente. A la gente le gustan los orgullosos. También el gobierno me ayudará. He tenido relaciones con quienes he querido por el mero hecho de que me gustaba tenerlas. Tendré un hijo o una hija. Ahora ya no seré de nadie, ya no tengo necesidad. Ayer bebí hasta embriagarme, pero ha sido la última vez. Contigo puedo hablar como si pensara en voz alta. Me repugna haberme emborrachado anoche. Pienso si mi hijo no sentirá algunas veces la necesidad de un padre. Tú te has escapado de tu padre, también yo he nacido sin padre y no oí en la vida sino porquerías; de niña esto me ofendía, y me hacía sentir resentimiento hacia mi madre. Sin embargo, a pesar de todo, he decidido no abortar, mi vientre entero está lleno del niño. Es un placer mayor que... Soy fuerte y joven.

Akim no lograba ordenar sus ideas. Tenía ante los ojos uno de esos tapetes hechos con retazos de tela, que son como un emblema de pobreza honrada y de pequeña burguesía. Claudia era hermosa y fuerte, muy hermosa y muy fuerte. Afuera caía una lluvia menuda, diminuta. Al Akim comunista le hubiera gustado creer que estaba acercándose a una vida nueva, pero la vida era la misma, antiquísima, la de siempre. La moral de Claudia era para él extraña y al mismo tiempo nueva; tal vez estaba en lo justo, si ella así lo consideraba.

—Debes tener el hijo -dijo Akim.

Claudia se le acercó, le puso la cabeza sobre un hombro; subió las piernas sobre el mueble, se volvió de pronto afectuosa y débil.

—Soy demasiado fisiológica —dijo—. Me gusta comer, me gusta lavarme, me gusta hacer gimnasia, me gusta cuando Perdigón, nuestro perro, me lengüetea las manos y los pies. Me gusta rascarme las rodillas hasta sacarme sangre. La vida, en cambio, es grande, toda ella me rodea, yo no la comprendo, no comprendo la revolución, pero tengo fe en ella, sí, en la vida, en el sol y en la revolución. Entiendo sólo lo que me concierne. Lo demás, te lo juro, no me interesa.

Un gato dio unos pasos sobre el tapete y saltó, por costumbre, a las rodillas de Claudia. Afuera se había hecho ya la oscuridad. En la habitación de junto encendieron la luz y se puso en movimiento la máquina de coser. Con la oscuridad había entrado la paz

Esa noche, Akim fue a buscar a su tío Iván, quien había cambiado su nombre de Skudrin a Ochogov. El loco Ochogov salió de las calderas para ir al encuentro de su sobrino tan pronto le avisaron que lo estaba buscando. Como alrededor de las fábricas de ladrillos la tierra es removida constantemente y los techos de las ladrilleras son siempre bajos, por lo general esos lugares tienen un aspecto de desolación y de misterio.

El loco estaba achispado. No era posible conversar con él, había que conformarse únicamente con oírlo. Estaba muy contento, feliz era la palabra, de que su sobrino lo hubiese ido a visitar. El loco Ochogov apenas podía tenerse en pie y temblaba con un temblor canino.

Condujo a su sobrino a un lugar techado.

—Has vuelto, has vuelto —murmuraba, llevándose las manos temblorosas al pecho tembloroso.

Hizo que su sobrino se sentara sobre una carretilla después de haber volcado en el suelo su contenido.

—¿Te han expulsado? —le preguntó luego, con alegría.

—¿De dónde? —Akim no comprendía.

—Del partido.

—No.

—¿No? ¿No te han expulsado? —repitió Iván y en su voz se advirtió una nota de tristeza, pero continuó con vivacidad—. Bueno, si no ahora, cualquier día de éstos te expulsarán; expulsarán a todos los leninistas y a todos los trotskistas.

Después, Iván Karpovich se dedicó a desvariar, y en su delirio hablaba de su comuna, de cómo había sido presidente del Comité Ejecutivo, de cómo habían sido aquellos años, de cómo habían desaparecido aquellos años maravillosos y terribles, de cómo había sido expulsado de la revolución y ahora se dedicaba a vagar entre la gente para hacerla llorar, recordar, amar; después volvió a hablar de su comuna, de la igualdad y fraternidad que en ella reinaban, afirmando que el comunismo era ante todo amor, era lealtad de un hombre hacia otro hombre, amistad, comunidad, trabajo colectivo, de cómo el comunismo significaba renuncia de las cosas, y de cómo, en un comunismo auténtico, el primer deber era el amor, el respeto por el hombre. El anciano temblaba, acariciando con sus manos delgadas y temblorosas la solapa de su desgarrada chaqueta. El patio de la fábrica de ladrillos proclamaba la ruina. El ingeniero Akim Skudrin era de la misma carne y de la misma sangre de Iván Ochogov. Indigentes, visionanos, clarividentes, lisiados, limosneros, peregrinos, idiotas, santones, profetas, "inocentes", mentecatos, todos ellos fueron parte de las delicias de la vida cotidiana de la Santa Rusia, desaparecida para siempre sin dejar traza, indigentes desparramados por toda la Santa Tierra Rusa; "inocentes" de la Santa Rusia por el amor a Cristo. Esos prodigios embellecían la vida, había habido una amplísima confraternidad dedicada a Cristo y a rezar por el mundo. Ante el ingeniero Akim Skudrin se encontraba un pobre indigente, un loco puro de la Rusia soviética por amor a la justicia, en oración constante por la paz y el comunismo. El tío Iván era posiblemente un esquizofrénico; tenía la manía de vagar por la ciudad, visitar a conocidos y desconocidos y suplicarles que lloraran, hacía discursos inflamados y locos sobre el comunismo y en el mercado había gente que en verdad lloraba al escuchar sus palabras. Entraba en las oficinas públicas y corría la voz en la ciudad de que algunos jerarcas se frotaban los ojos con cebolla para conquistar, con el apoyo de ese loco, una popularidad que les era muy necesaria. Iván temía a las iglesias, pero imprecaba a los sacerdotes sin temerles. Los discursos de Iván eran los más "de izquierda" de la ciudad. En la ciudad Iván era honrado por la gente que durante siglos había tenido la costumbre de honrar a los "locos puros" por cuyas bocas hablaba la verdad y que estaban dispuestos a enfrentarse a la muerte por defender esa verdad. Iván bebía; el alcohol lo destruía. Había reunido en torno suyo a un grupo de semejantes, despojos como él de la revolución, creados, como él, por la propia revolución. Gente que había encontrado refugio en las catacumbas de la ciudad: eran ellos los detentadores del comunismo auténtico, de la hermandad, de la igualdad, de la amistad. Cada uno de ellos tenía una manía personal: uno vivía con la esperanza de entrar en contacto con los proletarios de Marte; otro proponía que se organizara la pesca de todos los peces adultos del Volga y construir con el producto de su venta los puentes de acero que eran necesarios para cruzar el río, otro más se proponía lograr que el tren fuera introducido hasta el centro de la ciudad.

—¡Llora! —dijo Iván.

Akim, absorto en sus propios pensamientos, no comprendió de momento lo que se le pedía.

—¿Qué dices? —preguntó.

—¡Llora, Akim, llora inmediatamente por la pérdida del comunismo! —gritó Iván, llevándose las manos al pecho y agachando la cabeza como hacen quienes oran.

—Sí, sí, lloraré, tío Iván —dijo Akim.

Akim era fuerte, alto, corpulento. Se puso en pie junto a su tío y lo besó. Llovía a cántaros. La oscuridad de la fábrica de ladrillos proclamaba la ruina.

Al regresar del sitio de los locos, Akim atravesó la ciudad y se detuvo ante una casa de la plaza del mercado. Al acercarse vio encendida una luz en una ventana solitaria de esa casa. Allí vivía el personaje estrambótico que dirigía el museo. Akim se acercó a la ventana. En otra época había hecho investigaciones con aquel hombre en los sótanos del Kremlin local. Estaba por tocar con los nudillos en la ventana cuando algo extraño que vio lo hizo desistir. La habitación estaba tapizada de sotanas, estolas, casullas, gobelinos. En medio de aquel cuarto había dos personajes sentados; el director del museo había servido vodka de una botella y había llevado un cáliz a los labios de un hombre desnudo, el cual no movió ni siquiera un músculo. En la cabeza de aquel hombre había una corona de espinas. Akim vio entonces que el director bebía solo, ante una estatua de Cristo sentado. Aquel Cristo estaba esculpido en madera y era de tamaño natural. Akim se acordó: en su infancia había visto ese Cristo en el monasterio de Divny; se trataba de una hermosa talla del siglo XVIII. El director bebía vodka junto a Cristo y de cuando en cuando le ponía el cáliz en los labios. Llevaba desabotonada la chaqueta a la Pushkin, tenía las patillas enmarañadas. El Cristo desnudo con la corona de espinas le había parecido a Akim un hombre vivo.

A altas horas de la noche llegó a visitar a Akim su madre, María Klimovna. Las tías los dejaron solos en la sala. La madre llevaba puesto un modesto vestidito de casa; había escapado del marido echándose un chal a la espalda. Se había puesto los lentes, atados con un cordón, para poder ver mejor a su hijo. Su aspecto era solemne como en el acto de la comunión. La madre abrazó al hijo, la madre pegó su delgado pecho al pecho del hijo, la madre pasó los dedos descarnados sobre el cabello del hijo, la madre apoyó su cabeza en el cuello del hijo. La madre ni siquiera lloraba. Su rostro era grave. Como si no pudiera creer en sus propios ojos, lo palpaba, lo recorría todo con los dedos. Después lo bendijo.

—¿No vendrás?, ¿no vas a venir a vernos, hijito?

—preguntó la madre.

El hijo no respondió.

—¿Qué caso tiene entonces para mí haber vivido hasta ahora? —dijo con desesperanza.

El hijo sabía que el padre golpearía a la madre si llegaba a descubrir que había ido a visitarlo. El hijo sabía que la madre pasaba largas horas en la oscuridad cuando el padre dormía, pensando en él, en su hijo. El hijo sabía que la madre no le habría ocultado nada, y que nada, nada de nuevo le habría podido contar: sabía que todo lo viejo era maldito y que la madre, la madre era un ser único, maravilloso, el más bello... su madre mártir, condenada de por vida a trabajos forzados, el entero amor de su vida. El hijo no respondió nada a la madre, no le dijo nada a la madre.

A la mañana siguiente el ingeniero Akim se marchó. El barco salía esa noche, pero él se hizo llevar en carro cincuenta verstas para tomar el tren nocturno. Le dieron una calesa con un par de caballos bayos. El día era cambiante; a momentos llovía y poco después había sol y un cielo azul. El camino era el mismo que conducía hasta Moscú. El lodo cubría las ruedas hasta la mitad y llegaba hasta la rodilla de los caballos. Pasaron por bosques espesos, sombríos, silenciosos.

El cochero encaramado en el pescante era viejo y taciturno. Los caballos caminaban a tropezones. A mitad del camino, cuando Akim comenzaba a temer no llegar a tiempo para tomar el tren, el cochero se detuvo para poner en orden los caballos. En la cooperativa le dijeron que no vendían vodka, pero él encontró a un traficante ilegal, secretario del soviet rural. Tan pronto como hubo bebido unos tragos, el cochero comenzó a hablar. Hablaba de manera rencorosa sobre cosas de su vida, sobre cómo, por ejemplo, había trabajado durante treinta años en una carnicería y cómo durante la revolución había tenido que abandonar ese oficio, porque se había vuelto innecesario; y una vez que se hubo emborrachado por completo, comenzó a manifestar su asombro ante la capacidad de los dirigentes. Era difícil saber si el asombro del cochero era genuino o si se estaba burlando. Después de haber

alimentado los caballos continuaron la marcha; de nuevo volvió a hacerse entre ellos el silencio.

El ingeniero Akim era trotskista; su facción había sido derrotada. La ciudad natal le había resultado inútil: la última semana se había dedicado a reflexionar. Debía pensar en el futuro de la revolución y de su partido, en su propio destino de revolucionario, pero tales pensamientos le eran difíciles. Miraba el bosque y pensaba en el bosque, en su interior impenetrable, en los pantanos. Miraba el cielo y pensaba en el cielo, en las nubes, en el espacio. Los flancos del caballo estaban desde hacía un rato cubiertos de espuma, las panzas hinchadas por la respiración fatigosa. El fango hacía intransitable el camino; se habían formado pozos profundos, precisamente allí, por tratarse de un camino. Anochecía. El bosque callaba. De los bosques y de los caminos del campo que se extienden por millares de verstas, los pensamientos de Akim pasaron a sus tías Capitolina y Rimma, y por milésima vez Akim justificó la revolución. La tía Capitolina había vivido lo que dan en llamar una vida honesta, sin cometer una sola infracción contra la sociedad y contra la moral de la sociedad, y he aquí que su existencia había resultado vacía e inútil. En el pasaporte de la tía Rimma había quedado consignado para siempre aquello que hubiera sido escrito en el pasaporte de la Virgen María de haber vivido en la Rusia anterior a la revolución: "Virgen... hijos: dos". Las hijas de Rimma habían sido para la madre un motivo de vergüenza y dolor. Pero el dolor se había convertido en alegría y dignidad, su vida era ahora plena, estaba colmada, la tía Rimma era feliz, y la tía Capitolina vivía de la felicidad de la hermana porque no poseía vida propia. No era necesario tener miedo, lo necesario era actuar: cualquier acción, por amarga que resulte, puede convertirse en felicidad, mientras que la nada se queda siempre en nada. ¿Y no era acaso Claudia más feliz que la madre? En realidad no sabía quién era el padre de su hijo, mientras que su madre sabía que había amado a un sinvergiienza. Akim recordó entonces a su padre. ¡Habría sido mejor no haberlo conocido! Se sorprendió al comprobar que al pensar en su padre, en Claudia, en las tías, en realidad no pensaba en ellos sino en la revolución. La revolución era para él, el principio de la vida, la vida misma, su finalidad última.

El bosque y el camino eran cada vez más oscuros. Se hallaban en medio de un terreno descubierto. El poniente estaba ya borrándose desde hacía un rato, herido por el rojo crepúsculo. Atravesaron campos idénticos a los de quinientos años antes, entraron en un pueblo, se hundieron en el fango del siglo XVII.

Más allá del pueblo el camino descendía por un barranco; pasaron un puente, después del puente se toparon con un lodazal que fue imposible evitar. Se tuvieron que introducir en él. Los caballos dieron un paso y se detuvieron. El cochero los azotó; los caballos dieron otro paso pero no lograron avanzar. En torno a la calesa se extendía un océano de fango. Y en medio de ese océano se empantanó el vehículo; la rueda delantera izquierda se había hundido por completo. Haciendo esfuerzos de equilibrio desde el pescante, el cochero logró asestarle una patada a la grupa del caballo izquierdo, el que se sacudió por entero para un momento después caer vencido, como si se le hubieran quebrado las patas, hundiéndose en el fango hasta el cuello. El cochero continuó azotando los caballos hasta que comprendió que el caído no estaba en capacidad de levantarse. Entonces dio un salto con la intención de levantarlo; pero apenas había puesto un pie en el pantano cuando se hundió hasta la rodilla, y apenas puso el otro se quedó paralizado. No podía sacar las piernas, los pies se le salían de los zapatos, pegados en aquel cieno pantanoso. El viejo perdió el equilibrio y cayó en medio de la poza. Entonces lloró: lágrimas amargas, histéricas, impotentes de rabia y desesperación. ¡Tener que pasarle eso a él, un hombre especializado en destazar vacas y toros!

El trotskista Akim llegó con retraso a la estación, como por otra parte estaba en retraso ante el tren de la vida.

Librodot

V

El arte de la ebanistería era un arte anónimo: el arte de las cosas. Los maestros morían alcoholizados; cuando ellos morían, las cosas continuaban viviendo, y en tomo a ellas se amaba, se moría, se guardaba en su interior el secreto de amores, negocios, alegrías. Isabel, Catalina, rococó, barroco. Pablo es Caballero de Malta, Pablo es severo: serenidad grave, caoba oscurecida, cuero verde, leones negros, grifos de distintos tamaños. Alejandro es el Imperio, el clasicismo, la Hélade. Los hombres mueren pero las cosas viven, y de las cosas de la antigiiedad emanan antiguos fluidos. En 1928 en Moscú, en Leningrado, en las ciudades de provincia se abrían negocios de antigüedades; los viejos objetos de arte eran comprados y vendidos por casas de empeño, por el Gostorg (la Agencia Comercial del Estado) y por el Fondo Estatal de los Museos. En 1928 eran muchos los que coleccionaban esos fluidos del pasado. Aquellos que después de las tormentas de la revolución compraban objetos antiguos, aquellos que vivían enamorados del pasado respiraban después en sus casas la vida de las cosas muertas. Estaba en auge Pablo, el maltés, erguido y severo, sin bronces, sin adornos excesivos.

Los hermanos Bezdetov vivían en Moscú en la calle Dolgorukova, conocida anteriormente con el nombre de "calle de los mataderos". Eran anticuarios y restauradores y, sin duda alguna, un par de tipos raros. Estas personas son por lo general solitarias y taciturnas. Se sienten orgullosas de su oficio como los filósofos. Los hermanos Bezdetov vivían en un sótano y eran patizambos. Restauraban Pablos, Catalinas, Alejandros, el primer Nicolás, y a su casa acudían otros coleccionistas patizambos para admirar sus antigüedades y su trabajo, para hablar de antigüedades y de los secretos del oficio, respirar la antigüedad, empaparse de ella, enamorarse de ella, comprarla. Cuando los coleccionistas patizambos compraban alguna pieza, la adquisición iba acompañada de coñac, servido en una garrafa de la época de Catalina II y bebido en copas de cristal cortado pertenecientes a un antiguo servicio imperial.

...Allá, en cambio, en la casa que hacía esquina con el puente Skudrin, no sucedía nada.

La ciudad es una Brujas rusa, una Kamakura rusa...

Jakov Karpovich se despertaba hacia la medianoche, encendía la luz, comía y recitaba la Biblia en voz alta, de memoria, como siempre, como lo había venido haciendo durante cuarenta años. Por la mañana visitaban al viejo sus amigos y clientes, los campesinos, porque Jakov Karpovich desempeñaba el papel de intermediario en los asuntos de los campesinos. En aquellos años los campesinos estaban orientados debido al siguiente "dilema problemático", como lo llamaba Jakov Karpovich, para ellos incomprensible. Esa incomprensibilidad había separado a los campesinos en dos partes numéricamente iguales: el cincuenta por ciento de ellos se levantaba a las tres de la mañana, se acostaba a las once de la noche; trabajaban todos, viejos y jóvenes, sin descansar jamás. Cada vez que compraban una ternera lo pensaban detenidamente antes de decidirse; acarreaban a sus casas los yerbajos recogidos a orillas de la carretera; sus isbas, como sus carros, se mantenían en buen estado; el ganado estaba bien alimentado y cuidado, y ellos mismos se alimentaban en forma abundante y vivían sumergidos en un universo dominado por el trabajo.

Le pagaban regularmente al gobierno los impuestos sobre la producción y otros impuestos, temían a la autoridad y eran considerados enemigos de la revolución, ni más ni menos. El otro cincuenta por ciento tenía isbas en las que entraba el viento cuantas veces le daba la gana, una vaca flaca y una oveja tiñosa, no poseía nada más; cada primavera el gobierno les asignaba desde la ciudad un préstamo en semillas, préstamo del que de inmediato devoraban la mitad porque no tenían grano propio; de la otra mitad sembraban una espiga lejos de la otra, como voces que se llaman en medio del campo, por lo que en otoño recogían poco o nada. Se justificaban ante las autoridades explicando que la causa de la mala cosecha debía atribuirse a la insuficiencia del estiércol con que abonaban la tierra, producido por vacas flacas y ovejas tiñosas, y entonces el gobierno los eximía de pagar impuestos sobre la

producción y eran considerados amigos de la revolución. Los campesinos "enemigos" decían a propósito de los "amigos", que una tercera parte de éstos eran borrachos (por cierto, es difícil establecer en este caso si la miseria proviene del beber o el beber de la miseria) y los demás bravucones, charlatanes, filósofos, indolentes y buenos para nada. En los pueblos se ejercía todo tipo de presiones sobre los "enemigos" para transformarlos en "amigos" y suprimirles por consecuencia la posibilidad de pagar el impuesto sobre la producción, convirtiendo también sus "isbas" en lugares abiertos a todos los vientos. Jakov Karpovich escribía peticiones conmovedoras e inútiles. Recibía la visita de cierto enemigo de la patria, Vasili Vasilievich quien no hacía mucho había perdido la razón. Antes de la revolución había sido escribano en la sede de la administración local, había leído con entusiasmo muchos libros de agronomía. En 1920 se había dedicado a cultivar la tierra, le había sido asignada una hectárea y había comenzado a trabajarla con la única ayuda de sus brazos cuando tenía ya más de cuarenta años. En 1923 en la Exposición Agrícola de Moscú obtuvo una medalla de oro —en papel— y menciones honoríficas del Comisariado del Pueblo para la Agricultura por una vaca, por la cantidad de leche obtenida y por su obra como presidente de la cooperativa lechera. En la primavera de 1925 le ofrecieron cuarenta hectáreas de tierra para instalar una granja modelo; aceptó y ahora las campanas morían en la ciudad.

Jakov Karpovich estaba vivo, para él los acontecimientos no existían.

El año 1744, Guerasim Kirilovich Lobradovski, jefe de una caravana que se dirigía a China, llegó al puesto de avanzada de Kiachta, y acogió en su caravana a un tal Andrei Kursín, un platero originario de la región de Jaransk. Por órdenes de Lobradovski, el tal Kursín se dirigió a Pekín para aprender de los chinos el secreto de la porcelana, o porcelaine como entonces se llamaba. En Pekín, por medio de algunos rusos "alumnos de la escuela militar con rango de alférez", Kursin corrompió, mediante el pago de mil liang, o sea dos mil rublos de aquella época, a un maestro de la fábrica de porcelanas del emperador. Este chino, en presencia de Kursín y de los alféreces, hizo varias pruebas satisfactorias de elaboración de porcelana en unos templos abandonados situados a treinta y cinco li de Pekín. De regreso a Petersburgo, Lobradovski llevó consigo a Kursín y escribió a su soberana un informe sobre el secreto arrancado a los chinos. Se produjo un decreto imperial que el conde Razumovski transmitió al barón Cherkasov a fin de que aquellos hombres recién llegados de China fueran conducidos a la fortaleza de Sarkoie Celo. A Kursín le fueron tributados grandes honores, a pesar de que su robo no sirvió para nada, porque en las pruebas realizadas se demostró que el chino lo había engañado, "había hecho uso de perfidia" como se comunicó entonces en una circular secreta. Kursín volvió entonces a Jaransk, por temor a recibir un castigo ejemplar. Contemporáneamente a este hecho, el 1 de febrero de 1744, el barón Korf concluyó en. Cristiania un acuerdo secreto con Christoph Konrad Gunter, maestro en el arte de la porcelana, que había estudiado en Sajonia, nada menos que en la fábrica de Meissen.

Gunter, después de discutir ampliamente con el barón Korf sobre los emolumentos que debían corresponderle, llegó en secreto a Rusia a bordo de una fragata rusa, se instaló en Petersburgo e inició la construcción de una fábrica de cerámica que en seguida se convirtió en la Fábrica Imperial de Porcelana; se dedicó a hacer en ella una serie de experimentos al mismo tiempo que se entregaba a una vida orgiástica y a peleas con Vinogradov, su ayudante ruso, que terminaban siempre a golpes. Infructuosamente se dedicó a la tarea de fabricar porcelana, hasta que en 1748 fue expulsado con ignominia de Rusia, acusado de charlatanería e incompetencia. Gunter fue sustituido por el burgmeister ruso, alumno de Pedro el Grande, un borracho disoluto, pero hombre de innata capacidad, Dimitri Ivanovich Vinogradov. Es a él a quien se debe el verdadero principio de la porcelana en Rusia, de modo que la porcelana de nuestro país no le debe nada a nadie; fue inventada por Vinogradov; es su obra. Sin embargo, se han venido considerando como fundadores del arte de la cerámica rusa a Andrei Kursín de Jaransk, a quien los chinos timaron como a un niño, y a Christoph Gunter, quien por su parte engañó a los rusos bajo las insignias de Europa.

Librodot

La porcelana rusa tuvo su edad de oro. Maestros de la Fábrica imperial de Gardner, Vieux Gardner, de Popov, de Batenin, de Mijlachevski, de Iusupov, de los famosos hermanos Kornilov, de Safronov, de Sobanin, florecieron en gran parte gracias al trabajo de los siervos durante ese periodo áureo. Y por una tradición que se remonta a Dimitri Vinogradov, la fabricación de la porcelana atrajo a entusiastas y espíritus selectos, y despertó también la codicia de los rapaces. Los serenísimos principes Iusupov poseían una fábrica de porcelana, como también la poseían los nobles de antiguo linaje Vsevolodski, el comerciante atolondrado Nikita Shrapunov de Bogorodick, quien fue azotado por órdenes de Alejandro I por haber fabricado la figura de un sacerdote encorvado bajo el peso de una cesta donde se escondía una frondosa muchacha campesina. Todos los maestros se robaban entre si sus "secretos" a más y mejor: Iusupov a la Fábrica Imperial; Kiseliov a Popov; Safronov espió en secreto durante una noche oscura, como si fuera un ladrón, a través del agujero hecho en el piso de una buhardilla. Estos maestros, estos excéntricos, crearon cosas hermosísimas. La porcelana rusa es un arte maravilloso que ornamenta el globo terrestre.

Librodot